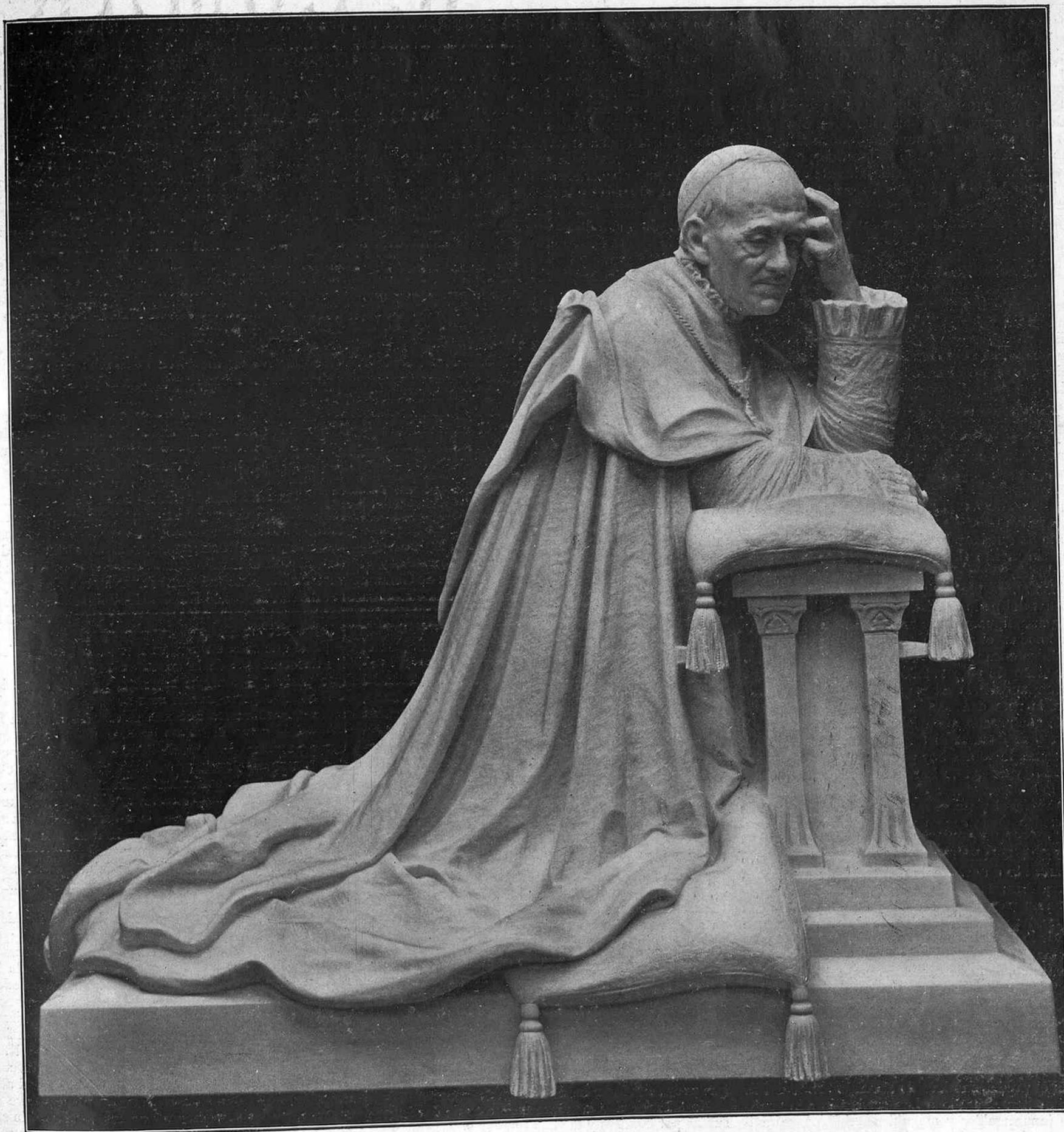


# La Ilustración Artística

AÑO XXXII

BARCELONA 31 DE MARZO DE 1913

NÚM. 1.631



ESTATUA DEL CARDENAL CASAÑAS, modelada por José Llimona

Esta escultura, que ha sido costeada por subscripción popular, está destinada al mausoleo que a la memoria del insigne príncipe de la Iglesia, obispo que fué de esta diócesis, se erige en la capilla de San José Oriol, de la catedral de Barcelona

## SUMARIO

**Texto.** — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *El rey Lear de la huerta*, por B. Morales San Martín. — *Un monumento a Verdi*. — *Monseñor Ragonesi*. — *París. Congreso Internacional de Educación Física*. — *Excelentísimo Sr. D. Tomás Tréner*. — *El rey Constantino I de Grecia*. — *Monumento a Brahms*. — *Los terrores del radio* (novela ilustrada; conclusión). — *Madrid. La romería de la Cara de Dios*. — *Valencia. Las «fallas» de San José*. — *París. Mitin revolucionario*. — *Libros*.

**Grabados.** — *Estatua del cardenal Casañas*, obra de José Llimona. — Dibujo de Carreres, ilustración al cuento *El rey Lear de la huerta*. — *Busto del escultor P. Juckoff-Skopan*, por el mismo. — *Busto en mármol*, por Pablo Dubois. — *Profetas y sibilas*, fresco de Rafael. — *Monumento a Verdi*, obra de Héctor Ximenes. — *Monseñor Ragonesi*. — *París. Congreso de Educación Física*. — *El santero*, cuadro de J. Moisés. — *Antonia la bailadora*, cuadro de Ignacio Zuloaga. — *El marqués de Turia*. — *Una escena de «Por los pecados del Rey»*. — *Los reyes de Grecia*. — *Monumento a Brahms*. — *Notas de Madrid, Valencia y París*.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Síntoma excelente para España, el interés que empiezan a despertar las obras de arte, y del cual es manifestación bien visible el revuelo promovido por la cuestión del famoso cuadro de Monforte, que Alemania se quiere llevar. Pero, en esto de defender nuestra riqueza artística, hemos llegado tarde al convite. Ya quedan sólo migajas.

De esto se convence cualquiera que recorra las casas de los anticuarios y chamarileros, en Madrid. En estas casas todavía, recientemente, encontrábase algo digno de tentar al aficionado y al curioso; en algunas se despacharon aprisa maravillas de arte que, traídas «de los pueblos» y vendidas a precios de increíble baratura, desaparecían por encanto, haciendo presa en ellas los inteligentes que rondaban, los extranjeros que, a favor de un puesto diplomático, buscaban ante todo, el medio de formarse, en buenas condiciones, una lucida colección. Han venido a Madrid embajadores de Rusia y de la Gran Bretaña, que hicieron, como suele decirse, su pancho, y se fueron, llevándose en cajones y fardos lo que luego tal vez hayan revendido por millones.

Yo, que sólo he sido modestísima coleccionista de abanicos, pues no alcanzó a más ni el tiempo ni los medios que pude disponer, encontré verdaderas ocasiones, hará como quince años. Desde entonces acá, todo ha ido desapareciendo; se han agotado las reservas. Ya no se ve un abanico raro ni de mérito en escaparates ni en cajones de casas de anticuarios ni en parte alguna. Y el precio del que asoma, por casualidad, ha triplicado o cuadruplicado, verificándose lo de los libros de las Sibilas, que, cuantas menos hojas tenían, valían más.

Todo ha quedado barrido. Sólo se ven tazas rotas, trapos sin mérito (hasta el damasco de lana, aquel venerable damasco de lana que pasó de moda el año 50, tiene ahora pretensiones de tela artística). Las feas sillas del período cristinesco, de caoba, sin chiste ni gracia, figuran como antigüedades, y se cotizan. Las cómodas, el armario amazotado, la alfombra cuyo único encanto consiste en estar raída, el monstruoso santo de palo tallado por inhábil artífice, la caja desvencijada, la salsera sin asa, la hebilla descahalada, la rota cornucopia, el quinqué estropeado, todo lo que antaño se enviaba tal vez al cesto de la basura, o se llamaba al traperero para cedérselo por dos pesetas, lo vemos hoy pavonearse como rareza y curiosidad; y no es esto lo más notable, sino que hay quien lo compra.

Rebañado el plato, se recogen ya las últimas gotas que quedan en la cacerola, y en breve veremos suprimido, por falta de artículos de consumo, el comercio de antigüedades en España.

Hemos ido en esto, como en todo, de extremo a extremo. Primero hemos tirado por la ventana nuestro enorme patrimonio artístico. Luego, tarde y con daño, nos ha entrado la comezón de recuperarlo, o de salvar lo que nos resta, pero aun ahora mismo publican los periódicos fotografías de un magnífico templo románico, lleno de carácter, que la dinamita acaba de volar, por suponer que en sus cimientos existe enterrado «un tesoro». Es decir, que por un tesoro de leyenda, se ha hecho polvo un tesoro verdadero. Y esto sucede, y se tolera, cuando tanto se habla del respeto y del cariño debidos a los monumentos del pasado.

Aquí el vandalismo ha sido el estado habitual. Los gobiernos han arrasado o han entregado a la profanación innumerables y magníficos edificios, maravillas de arquitectura; han enajenado joyas, como enajenarían lo más baladí; han cometido el horror, inmenso, desde el punto de vista artístico, de la desamortización, y han procedido, en todo y por todo, con supina ignorancia, cuyas nieblas apenas disipó, de tiempo en tiempo, algún lampo de inteligencia, en

un instante brotado del cerebro de Cánovas, impidiendo que saliesen al extranjero unos bronces históricos, y no pudiendo o no queriendo impedir que saliese, verbigracia, el famoso busto de Elche, ahora honra del Louvre; y, para que no se falte a la justicia y se acuse sólo a los poderes del Estado, los cabildos y el clero, y los regulares también, compitieron en descuido con los gobernantes, y se vió vender el tesoro de la Virgen del Pilar y la granada, cuajada de rubíes, regalo de los Reyes Católicos, pasar a las vitrinas de opulento judío...

Dondequiera, el Cristo del arte ha sido entregado por treinta dineros a los sayones, que lo han azotado y crucificado.

Y, mientras hablamos de estas cosas, ¿no acude a la mente de cualquiera el recuerdo de ese singular y misterioso robo de la *Gioconda*, del cual ni rastro se descubre todavía en parte alguna? Hay momentos en que se me ocurre si esos ladrones tan hábiles que consiguieron ocultar su personalidad y el cuerpo del delito se vendrán a dar por Madrid una vuelta, a quitarnos la otra *Gioconda* o alguna prenda de valía y singularidad análoga. ¡Ciudad de los niños!, repiten a diario los periódicos. ¡Ciudad de los Museos!, habría que decir, porque esas sublimes criaturas del espíritu humano que se llaman obras de arte, se producen más de raro en raro que las criaturas de carne y hueso; y mientras éstas, por lo general, no tientan la codicia, las otras van excitándola de un modo que ya raya en fantástico. Hoy todos quieren adornar su casa con obras de arte; el arte ha venido a ser una forma del lujo, una eflorescencia más de la civilización. Y lo que no pudo hacer el sentimiento estético lo hizo la vanidad, el ansia de lucimiento, el esnobismo de los pueblos nuevos, ávidos de tradición y de la pátina del pasado y anhelosos de comprarse ejecutoria.

En lo que se refiere al cuadro de Van-der-Goes, el caso es interesante y hasta reviste cierto aspecto dramático. Es la lucha por la Belleza, entre David y Goliath. Goliath, en esta ocasión, es la poderosa y fuerte Alemania, que a golpe de marcos nos quiere quitar la prenda. Nosotros, el pequeñuelo David, sin otras armas que su cintura de hondero balear, sin otra coraza que su esfuerzo invencible. Nunca habremos actuado de caballerosos Quijotes como ahora, si logramos, contra gigantazos y moros encantados, impedir que nos arrebatan la princesa de la Hermosura.

Yo vi cien veces ese Van-der-Goes, en mis viajes por Galicia, al detenerme en la muy pintoresca ciudad de los Hidalgos unas horas. Siempre le hice visita, encontrando especial encanto en que cosa tan bella estuviese así, escondida y recatada a los ojos de los profanos. Hay que dispensar a un artista que cultive estos egoísmos estéticos. Lo mismo me sucedió cuando, al representarse en Madrid la ópera *Salomé*, con la estremecedora música de Strauss, y el baile y mimica no menos estremecedores de Gemma Bellincioni, pude observar que estábamos en minoría los que sentíamos el profundo asunto y la admirable ejecución.

Pero estaba a mil leguas de creer que llegase el momento en que la portentosa obra del maestro primitivo fuese arrancada de la soledad de la iglesia del Colegio de Monforte, que tan bien la encuadraba, para adornar un museo extranjero. Esto ya es harina de otro costal... Que la viésemos al año una docena de aficionados o de curiosos; que permaneciese olvidada allí no era, en mi concepto, un mal tan grande. Que nos la quitasen ya varía. Llor a los que dieron la voz de alarma, y entre los cuales figura en primer término el diputado D. Rodrigo Soriano. Llor a cuantos trabajen, gasten dinero o influencia, en evitar que nos quedemos sin el ya archicélebre cuadro de Van-der-Goes. Si prospera la suscripción nacional para rescatarlo; si se obtiene que la maravilla no pase la frontera, ¡con cuánto orgullo lo llevaremos a la Pinacoteca nacional, y lo veremos allí figurar en el puesto que merece, entre tantos y tan magníficos ejemplares de pintura, que hacen todavía, de este Museo del Prado, el mejor del mundo en esta forma del arte.

Y ¿qué no pudiera ser nuestro Museo, a nada que hubiésemos puesto cuidado en recoger algo de lo que aquí se malrotó y se perdió, se vendió y se tiró, y todavía se trata a la baqueta y cual cosa de poco momento, como sucede en la Academia de Bellas Artes, cuyas obras de albañilería están siendo causa de que se rompan y estropeen los inestimables cuadros, que yacen tirados o hacinados en rincones?

No faltará quien crea que todo esto de dar fuertes sumas por cuadros y tallas, esmaltes y plata antigua, es un gasto superfluo y de lujo. Lo caro y ruinoso es tal error. Porque España, más que Italia, pudiera ser la nación-museo y atraer, con este cebo, a los extranjeros y turistas, que están ya un poco aburridos de Suiza, y empiezan a encontrar que en Francia abundan demasiado los sombreros empenachados de plu-

mas y la salsa rosa. España hubiera granjeado una ganancia inmensa, incalculable, si la inteligencia artística de gobernantes y particulares — las dos cosas son una sola — fuese, desde hace años, algo mayor y más vigilante su celo por nuestras grandezas hereditarias.

No sé si ahora empieza a comprenderse lo que valen estas cosas supuestas sin valor, pues tanto pueden representar un caudal muy crecido, como arrumbarse al desván. Depende de la mentalidad de sus poseedores. En España no es que la imaginación de las masas no se halle predispuesta a la admiración ciega y aun fanática de las cosas bellas. Pero tienen que llevar en sí algo que provoque y despierte el sentimiento. Se alzan los pueblos por una antigua imagen venerada, aunque no sea hermosa.

En un pueblecillo de cuyo nombre no quiero acordarme, por lo mismo que lo sé muy bien, existen, y supongo que seguirán existiendo, unos soberbios tapices del xv, que representan la toma de Granada, por Isabel y Fernando. Estos tapices, tras de los cuales andaba, años ha, una inglesa amiga mía, los quiso vender no ha mucho el párroco de la iglesia donde están guardados, si es que lo están. Y el pueblo se amotinó, y los tapices no fueron enajenados. ¿Seguirán en su sitio? me pregunto. Porque todas estas cosas que no están rigurosamente inventariadas, en las cuales no hay responsabilidades directas y sanciones legales severísimas, se hallan, quién lo duda, muy expuestas a volar. Casos y sucedidos se podrían citar a millares.

Diariamente somos despojados. No hay que andar con sofismas: estas cosas de arte sumo no son nunca de una iglesia, y menos de un párroco: son de España. Que estén aquí o allí, donde la suerte las haya puesto; que las regalase un rey o un donante piadoso, es evidente que la intención de quien las donó, lleno de respeto al arte y a la santidad del culto, no fué que se vendiesen a un chamarilero, para hacer una nueva torre o reparar un lienzo de pared. Es mal mucho menor para España que se caiga un templo, o un convento, ya que puede alzarse otro, y de hecho se alzan a menudo, que ver disolverse sus tesoros, y, como Cristo en estos días sublimes, que echen suertes sobre sus vestiduras y arrebatan de su túnica inconsútil.

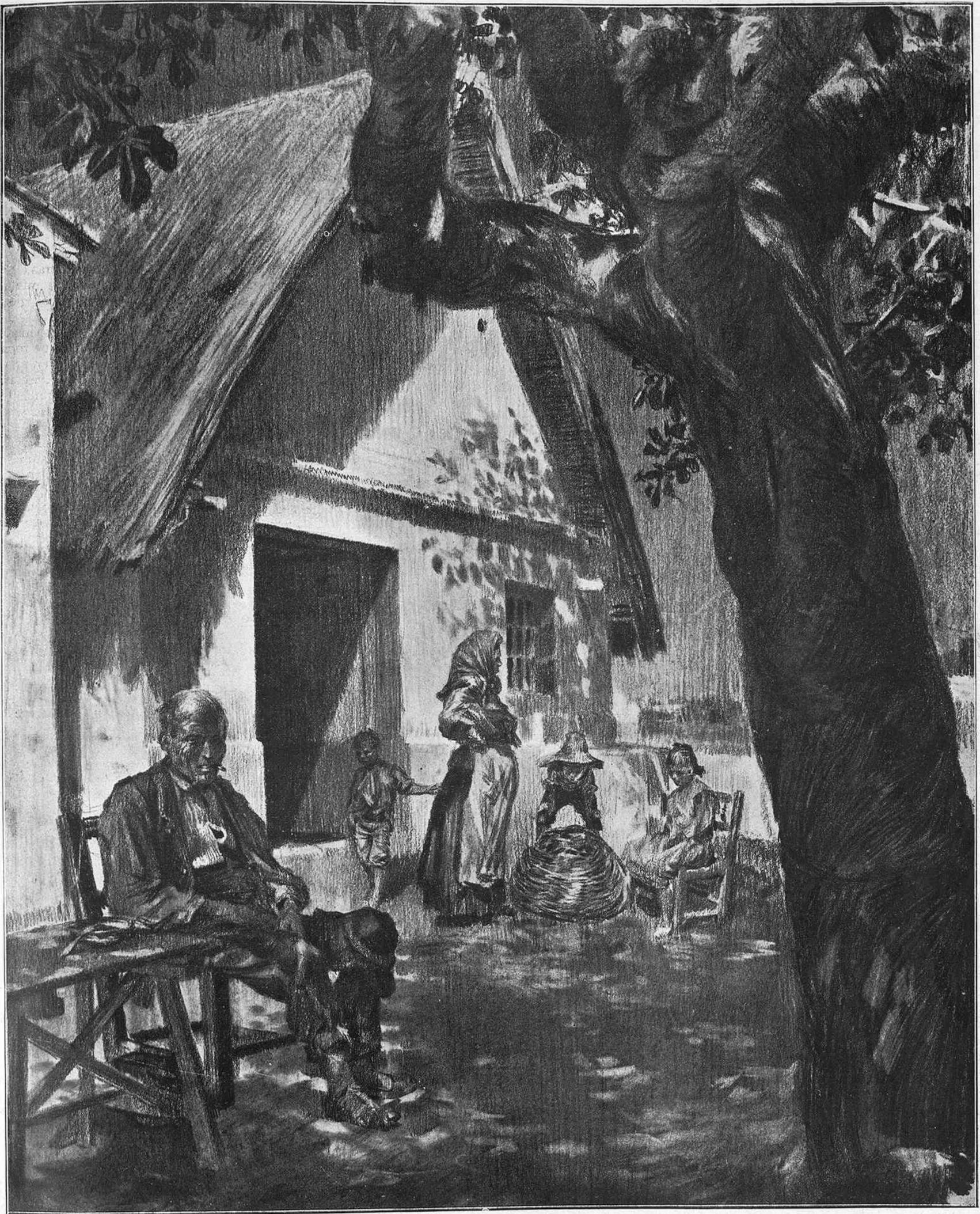
Aquí, lo repito, el despojo ha sido activo, incessante. En cierta corporación oficial (por ejemplo), sucedió el caso de que una magnífica colección de monedas visigóticas y árabes, de alto precio, fué sustraída. Me apresuro a decir que ya ha prescrito, pues el caso ocurrió hace bastantes años. Se supo perfectamente qué docta y bien vista persona había realizado el secuestro de las bellas monedas de oro, para lucrarse con su venta; pero una misericordiosa indulgencia para el Lupín erudito cerró el paso a toda investigación. Ello fué que sin las monedas, ejemplares únicos, se quedó España. Hoy figurarán en escaparates del British, o de cualquier otro museo de algún poderoso país.

¡Y el que roba un pan, va a presidio!, como dicen los descontentos de la constitución de la sociedad, que realmente, en este respecto, no está muy bien organizada. La represión más severa, más dura, debiera caer sobre los que nos privan de algo tan insustituible como el objeto de arte. Porque hay que tener en cuenta la imposibilidad de reemplazar eso que a mansalva suelen quitarnos. Si nos quitan otra cosa, no faltará la equivalente. En arte es distinto. Y cuando el arte va tan estrecha tan íntimamente unido a la historia, entonces es la substancia de una nación, el jugo de sus venas, su razón de ser. Entonces todo el peso de la ley es ligero y toda sanción benigna, porque el delito tiene incalculables consecuencias, no sólo para las presentes, sino para las venideras generaciones.

Hay que inculcar la supremacía del arte. Por desgracia nuestra, tan ricos como hemos sido en él, que siempre lo hemos reputado como accesorio; accesorio de la religión, accesorio de la grandeza, y de la realeza, accesorio de las guerras, accesorio de todo. El arte, sin embargo, es algo substantivo. Desvanecidas las circunstancias en que se produjo, adquiere, tal vez, más importancia. Cuando el hombre anterior a la edad de los metales pintaba con ocre en el techo de las cavernas renos y caballos, o modelaba con arcilla bisontes, como los que ahora, con general admiración, acaban de descubrirse en un paradero o caverna, no hubiese creído que estas labores de su mano ya inteligente pudiesen llegar hasta nosotros al través de tantos siglos, y las hubiésemos de conservar con infinito respeto, y reconocer que son bellas en sí, aparte de su valor dentro de la ciencia prehistórica. Lo único duradero y eterno es el arte.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

## EL REY LEAR DE LA HUERTA, POR B. MORALES SAN MARTÍN, dibujo de Carreres



Un día le puso la hortelana a Chuan la comida delante: estaba fría, sabía mal...

«Chuan», el rico labrador y poderoso cacique, sentía la pesadumbre de la vida en los huesos y en el alma, y quiso dar a sus hijos todas sus riquezas, poder, nombre y fama bien ganada de hombre recto y justo. Llamólos un día, en que sus ojillos grises parecieron columbrar el aleteo de la muerte, y les habló así:

— ¡La madre tierra me reclama, hijos míos! No fué avara conmigo cuando rompí sus entrañas y sembré en ellas la semilla, regada luego con el sudor de mi frente... Pero si me dió ciento por uno, a cambio de mi trabajo, ahora me exige el tributo de mi cuer-

po y voy a rendírselo el día menos pensado... Hora es de que hablemos de esto.

— ¡Padre!, exclamaron los dos hijos sinceramente apenados. ¿Quién piensa en eso? Dios no quiere aún ese dolor para nosotros...

— No, hijos míos, no. Está cercana mi última hora y es preciso dejar bien arregladas todas las cosas para que viváis vosotros en paz aquí y yo también, en la otra vida... Tú eres el mayor, «Chuan», el hijo primero de mi amor; tú llevarás el molino de la partida de Vera: tuyo es desde hoy. Yo te lo cedo en vida para que nadie te lo dispute después de mi

muerte... Tú eres el menor, «Miquel», no menos querido de mi corazón; tú quedarás aquí en «la barraca»: tuya es desde hoy con las huertas que la rodean hasta la Punta de la Monrosa. Dándotela en vida, nadie te la disputará después de cerrar yo los ojos para siempre... Trabajad, sed buenos y honrados... y el porvenir será vuestro... Pan tenéis para vosotros y para los hijos de vuestros hijos si sabéis trabajar y conservar el molino y la barraca... Yo con poco tengo bastante... Viviré en el molino y en la barraca...; un plato en vuestra mesa y una cama cerca de la vuestra para poder bendeciros en mi última

hora... ¡Nada más pide para sí el pobre viejo a cambio de las riquezas que os entrega!

Y la velada terminó en paz y amor en aquel hogar honrado, desviviéndose los hijos y las nueras por obsequiar al viejo pródigo de su amor y de sus riquezas, con tanto afán amontonadas año tras año, día por día, gota de sudor tras gota...

Formalizóse la donación y como si Dios o el diablo hubieran puesto mano en ello, pensaban las caritativas nueras, el viejecillo mejoró notablemente de su asma, de los latidos cardíacos y hasta de su reuma... Pascaba al sol los días serenos de aquel crudo invierno y mataba las horas sentado junto al hogar cuando las nubes vertían su llanto torrencial sobre la tierra sedienta.

Y comenzaron las dos nueras a tratar con indiferencia primero, con cruel desvío después, al pobre viejo. Servíanle con desamor y al poco tiempo negaronle los pocos cuartos que gastaba en tabaco aquel empedernido fumador, que les había dado toda su hacienda, no reservándose de ella ni lo imprescindible para mantener aquel su único vicio.

Le daban la comida fría... Luego le decían que se la tomara. «Allá se la dejaron, encima del hogar», que también estaba frío como sus almas. Más tarde fué un comestivo asqueroso el plato que daban al poderoso Chuan — sobras tal vez de la comida de los mozos del molino o de los jornaleros de las huertas, — como una limosna. Ya no lavaban ni remendaban su ropa, y el antiguo cacique de la huerta y labrador más rico de la vega valentina, era un mendigo astroso, lleno de miseria. *Sic transit...*

Quejóse un día a sus hijos, harto de sufrir desvíos y ultrajes, y ellos le enviaron, en última y definitiva instancia, a sus respectivas mujeres, diciéndole malhumorados:

— ¡Pero, padre, no sea niño! Vaya allá... Ellas le atenderán... ¿No comprende usted que no podemos estar en todo? ¡El día no tiene bastantes horas para la faena! Vaya allá, vaya...

Y el viejo, humillado y escarnecido a toda hora, no fué con sus quejas a sus nueras. Como sabía que no le amaban las temía... Una moza le vio llorar en un «carasol» y le preguntó compasiva:

— ¿Qué tiene el tío Chuan, el labrador más rico de la huerta? ¿Llora su yerro? ¿Piensa que «a quien donación en vida haga, denle en la cabeza con una maza»?

Y Chuan, que tenía hambre de pan aquel día y de amor siempre, cayó al suelo desvanecido... La moza pidió auxilio; salieron gentes misericordiosas de las barracas cercanas y no se murió el viejo cacique de hambre en aquella hora cruel porque gentes extrañas, de buen corazón y sano entendimiento, ampararon al infeliz rey Lear de la huerta...

Un amanecer, sorprendió el viejo, ausente su hijo, a la molinera ayudando a cargar unos sacos de harina en el carro de un hermano suyo, rico labrador de la huerta. Tiempo ha que Chuan sospechaba que su nuera robaba a su hijo para darlo a sus parientes y que no en balde se quejaba el molinero de que el negocio iba mal... Por eso fué el viejo a aquella hora, velando por los intereses de su hijo.

Al ver al anciano, el carro huyó dejándose algunos sacos en tierra... Pero la nuera de Chuan, haciéndole cara al sorprendido viejecillo, le arrojó al rostro cruel amenaza:

— ¡Si habla usted... le tiro a la presa del molino! ¡Que nada sepa mi marido, porque le diré que usted bebe, que viene siempre borracho y que el vino le hace ver visiones! Y me creerá... ¡vaya si me creerá mi marido! ¡Más que a usted!

El viejo calló aterrado. Aquellos labios cínicos cerraron los suyos y no volvió más al molino. Temía que la harpía metida a molinera cumpliera su amenaza. Temía también al ciego de su hijo...

La nuera del molino se vio libre de aquella pesada carga y siguió con mayor libertad que nunca robando a su marido y al molino que fué del pobre rey Lear de la huerta...

Desde aquel día vivió en la barraca y le entraban congojas y sudores de muerte cuando le hablaba la nuera hortelana de la conveniencia de pasar alguna temporada en el molino.

La gentil hortelana era buena y honrada; pero más áspera que un membrillo y con un genio de todos los diablos del Sr. Lucifer... Para ella no existían en el mundo más seres que sus hijos, ni otros goces y penas que los que le daban sus arripiezos. Siempre estaba riñéndolos, componiendo sus bragas, limpiándoles los mocos, renegando de su suerte..., o arguyendo con las vecinas por culpa de aquellos diablillos, terror de la huerta.

Un día le puso la hortelana a Chuan la comida delante: estaba fría, sabía mal... Quejóse tímidamente el viejecillo... Su nuera no le atendió y el infeliz anciano, que fué el amo de la huerta y en ella no se movió una hoja sin su consentimiento, no pudo comer aquel brebaje y salió ayuno de la barraca.

— ¿Dónde voy? No lo sé... ¡El destino lo dirá!, pensó aturrido Chuan.

Cuando su nuera — que bajo la áspera corteza tenía un corazón que tardaba algo a despertar — se dió cuenta de que el viejo se fué sin probar bocado, salió en su busca y le siguió ansiosa, como un remordimiento sigue a una culpa.

El caduco Lear caminaba delirante, clamando a su mujer muerta, quejándose del cruel desvío de sus hijos ingratos, avaros poseedores de riquezas que fueron suyas... Vió de súbito una acequia caudalosa que se atravesaba en su camino..., y en el rojo líquido que se empujaba a oleadas por el amplio cauce vió el bálsamo para sus penas, una roja eternidad de olvido... y «se dejó caer» a las ondas arcillosas. ¡Ni siquiera se tiró a ellas el infeliz!

Su nuera, que ya le iba a los alcances, dió un salto felino, clamando auxilio; acudió gente y hallaron a la áspera y valerosa hortelana dentro de la acequia, con agua hasta los senos, luchando para impedir que la corriente se llevara el cuerpo del pobre Chuan.

Sacáronle casi exánime, le llevaron a la barraca, acostáronle, reaccionó el miserable pródigo, y cuando vino su hijo Miguel, aquella hembra bravia le refirió lo ocurrido como un accidente inevitable y casual; pero exigió a su marido que ya no saliera de la barraca el anciano.

— ¡Yo le cuidaré como a mis propios hijos! Pero que no salga de la barraca... ¡Sería un remordimiento eterno para mí que volviera a ocurrir, Dios mío, el lance de hoy!, y lágrimas abundantes resbalaron por el rostro atezado de la hortelana. Su conciencia se rebelaba al fin...

Le cuidó con mimo exagerado, atendió al viejo todo lo más cariñosamente que pudo o supo su alma bravia; pero era ya todo inútil y tardío: Chuan ya no se levantó de la cama. El rey Lear no se levantaría del lecho del dolor... Recrudesció el asma; el reuma avanzó con pasos de gigante y la mano fría de la muerte comenzó a estrujar a aquel pobre corazón cruelmente...

Un atardecer, solo con su nuera, mientras ella le enfriaba un sopicaldo, se atrevió el viejo a referirle el lance del molino y la amenaza de la molinera.

— ¡Por eso toda la carga ha sido para ti! Perdóname..., pero yo tuve miedo a que me matara y no quise volver al molino... ¡Amo aún la vida!, gimió el sin ventura.

— ¡No cuente, por Dios, eso a los hombres! ¡La matarían!... ¡Ah, la mala hembra..., robando a su marido y a sus hijos para darlo a otros más ricos que ellos!

— No; si lo digo a ti... es porque sé que eres buena y honrada... ¡Es tu condición! Tú no lo dirás... ¡Pero, la verdad, aquel robo infame y luego... vuestro desvío..., me hicieron desear la muerte!...

— ¡Por Dios..., agüelo; no siga, no siga que me mata!, gemía la áspera mujer, atormentada por su conciencia.

— ¡Ah! Y ella no ha venido a verme... ¡Yo no le guardo rencor..., pero quisiera verla! Y quiero que crea que me llevo a la otra vida su secreto, sus robos a mi pobre hijo... Sé tú prudente... Pero ella que venga; que venga... ¡Yo no le guardo rencor!, y sonreía enigmático el moribundo rey Lear de la huerta.

Supo la molinera los deseos del viejo Chuan y fué a verle, no como arrepentida pecadora, destrenzado el cabello y sangrando los blanquíssimos pies desnudos, sino emperejilada y puesta de veinticinco alfileres. Entró hecha un brazo de mar deslumbrante de belleza, cuajada de joyas. El anciano rogó que le dejaran solo con la radiante molinera y solos quedaron.

La infame mujer, más altiva que nunca, rompió el fuego:

— ¿Ya no ve visiones, padre? ¿Olvidó ya aquellas que le hizo ver el vino?

El viejo, que en aquellas sus últimas horas sentía inusitado valor para habérselas frente a frente con su hermosa enemiga, contestó con aplomo:

— ¡No! Aquí... no puedo ver, no he visto nunca aquellas visiones del molino...

— ¿Ya no bebe? ¿A quién lo contaremos!

— ¡No bebí nunca!, y el fuego de los ojos del anciano chocaba con las cínicas risas de su nuera. Pero óyeme, que ahora que ya no veo otra visión que la de la muerte, he de hablar contigo... Mi hijo mayor, Chuan, tu marido, fué mi hijo más querido y también lo son sus hijos... Fué el hijo primero de mi amor, del primer beso que di a aquella santa mujer

que me espera y me llama... Por esto quiero que él solo goce mi tesoro...

— ¿Un tesoro?, rugió sin poderse contener aquella hembra singular.

— Sí, un tesoro que no repartí entre mis hijos cuando les di las tierras, el molino, la barraca...

— ¡Un tesoro!, repitió sin poder disimular su angustia la molinera. ¿Y dónde está? ¿Aquí..., en la barraca?

— ¡No, no! Para mayor seguridad..., y el viejo bajó la voz y acercó su boca desdentada al oído de su nuera; para mayor seguridad..., lo emparedé allá..., en el molino.

— ¡Ah!, suspiró la hembra codiciosa, como quien ve libre su corazón de enorme peso.

— Por eso le di el molino a Chuan... ¡Lo estáis poseyendo sin saberlo!

Una ráfaga de imperceptible rencor sombreó la frente y nubló los ojos de la nuera del viejo ladino.

— ¡Ha sido ese el castigo que os doy por vuestro desvío y abandono!

— ¿Pero dónde está?, gimió ya en el éxtasis de la avaricia la hermosa molinera. ¡Hable usted, por Dios, padre! ¡Si es para Chuan, no lo sabrá nadie! ¡Nosotros lo buscaremos! ¿Pero dónde está, dónde?, y sus ojos fulguraban terribles fosforescencias.

— ¿Dónde?, preguntó a su vez el anciano con torpe acento. ¡Ah! ¡Ese es mi martirio! No lo recuerdo bien... ¡Han pasado tantos años..., tantas oleadas de dolor por mi pensamiento como agua por la presa del molino... y lo he olvidado!, y la palabra de Chuan tenía una sutil ironía que no alcanzó a ver en aquel angustioso momento la molinera.

— ¡Por Dios, haga memoria! ¿No recuerda usted? Haga un esfuerzo...

— No sé..., no sé... No lo recuerdo bien... ¡Quise olvidar tantas cosas..., que hasta logré olvidar esa!, y la quejumbrosa ironía aleteaba como ligera mariposilla de colores sobre los labios del «agüelo». Buscad, buscad..., y no lo partáis con nadie. Mi tesoro es vuestro... No fuí justo al partir mis bienes... La barraca y las tierras producen más que el molino...

— ¡Ya lo dije yo siempre, «agüelo»!

— Pero el molino guarda mi tesoro en sus paredes... ¡Sea vuestro!

— Pero déme una señal..., un rastro...

— No sé..., no sé... Se me va la cabeza... Sólo recuerdo que escondí entre un pilar..., una pared... Eran onzas todo... y son vuestras, nuevas y relucientes estaban..., estarán aún...; y el anciano parecía delirar añorando aquel tesoro...

— Está bien, ¡Yo las encontraré!

— Ya está aliviada mi conciencia de tan grave peso... Silencio ahora..., que soy justo...; eso, justo... Adiós. Que venga Chuan, tu marido, el ciego Chuan.

— ¿Qué dice?, dijo extrañada la molinera, creyendo que el enfermo deliraba.

— El ciego..., sí..., que no ve el tesoro que tiene cerca..., y la ironía tornaba a mariposear a flor de sus labios.

Cuando salió la molinera, miraba con aire triunfador y compasivo a las pobres gentes de la barraca, que asombradas la vieron alejarse rápidamente, sin tornar la cabeza.

Algunos meses después el pobre viejo se agravó y moría rodeado por todos sus hijos, nueras y nietos, que derramaron lágrimas sinceras tal vez...

En el rostro inmóvil del muerto pareció estereotiparse una sonrisa trágica, proyección sin duda de todo un momento de dolor y de rencores.

En la quietud de las noches sosegadas de Levante, se oían golpes sordos en el molino. Dos fantasmas corrían con un farolillo en la siniestra y enorme piqueta en la diestra airada..., aquellas noches de pesadilla, buscando un tesoro imaginario que la malicia de un viejo pródigo inventó como venganza de ultratumba.

Hoy un tabique, mañana un pilar, más tarde una pared, pronto fué el molino un montón de escombros por dentro..., y las onzas del agüelo Chuan no aparecían por ninguna parte.

Las pobres gentes de la barraca se preguntaban asombradas si sus hermanos, los molineros, estaban locos y qué obras tan disparatadas eran aquellas que habían emprendido en el molino.

Pero los molineros, a quienes iba a perder el demonio de la codicia, siguieron su tarea demoledora; y cuando del molino no quedaban más que las cuatro paredes lisas y mondas, cayeron en la cuenta de que el viejo ladino habíase burlado cruelmente de ellos y había castigado su desamor y su codicia.

El rey Lear de la huerta fué más vengativo y cruel con sus hijos que aquel otro rey Lear que el padre Shakespeare encontró en las leyendas de Britania...



Busto del escultor P. Juckoff-Skopau, modelado por el mismo



Busto en mármol, modelado por Pablo Dubois

Fresco monumental llamado de los Profetas y de las Sibilas, obra de Rafael Sanzio. (De fotografía de Carlos Abeniacar.)



Este famoso fresco, que se conserva en el Palacio del Cambio, de Perusa, había sido atribuido, hasta hace poco, al Perugino; pero el notable crítico de arte italiano Adolfo Venturi, en su obra monumental *Storia dell'Arte Italiana*, en curso de publicación, demuestra con argu-

mentos irrefutables y que no dejan lugar a la menor duda, que fué pintado por el eximio e incomparable Rafael Sanzio, y que constituye la obra maestra de la juventud del inmortal pintor de Urbino.



Grupo central del monumento, obra de Héctor Ximenes, que ha de erigirse en Parma a la memoria del ilustre compositor José Verdi  
(De fotografía de Carlos Abeniacar.)

### UN MONUMENTO A VERDI

La ciudad de Parma encargó, hace algún tiempo, a Héctor Ximenes la ejecución de un monumento destinado a honrar la memoria del ilustre compositor José Verdi.

El eminente compositor ha terminado recientemente el boceto de la obra que le ha sido encomendada y en su taller han podido admirar algunos íntimos esta nueva y hermosa producción del famoso artista.

No se trata de uno de tantos monumentos de composición vulgar que suelen verse en las plazas de muchas ciudades, sino de una obra simbólica compleja, aunque en modo alguno confusa.

El fragmento que reproducimos constituye el grupo central del monumento. La figura del maestro surge en el centro de un amplio friso en alto relieve, en el que hay modeladas con suma maestría varias otras figuras que representan las distintas vicisitudes de la vida, las diversas fases de las pasiones humanas, ya que en aquella y en éstas está inspirada toda la obra de Verdi. Así, los símbolos de la amistad, del amor y de la muerte alternan con los de la alegría y del dolor, y aparecen mezclados con los grupos que representan la música, el canto coral y la danza.

Detrás del maestro las famas aladas sostienen la corona de la inmortalidad, y a sus lados se ven la inspiración y la melodía.

Revestiendo toda la obra un carácter idealista, el escultor ha creído, con muy buen criterio, que no debía dársele a Verdi una figuración demasiado humana y real; de aquí que le haya representado envuelto en un manto, con lo cual la imagen no tiene aquel realismo que habría formado un contraste demasiado violento con el resto de la obra.

El monumento, en su conjunto, es verdaderamente majestuoso y digno de admiración y demuestra el largo estudio que su autor le ha consagrado y el cariño con que ha sabido realizarlo.

Esta obra es un nuevo triunfo de Héctor Xime-

nes, del genial artista que se ha conquistado uno de los primeros puestos en la escultura italiana contemporánea.



Monseñor Ragonesi, nuevo nuncio apostólico de Su Santidad en Madrid. (Fot. comunicada por Carlos Trampus.)

El nuevo nuncio de Su Santidad en Madrid, monseñor Francisco Ragonesi, nació en Bragnaia,

diócesis de Viterbo, el 21 de diciembre de 1850.

Con gran aprovechamiento hizo sus estudios en el Seminario de Viterbo, distinguiéndose siempre por su aplicación y conducta ejemplar, y a poco de recibir las órdenes sacerdotales, fué nombrado canónigo de aquella catedral, y en 1885 vicario general de la diócesis.

Cuatro años después, S. S. León XIII le nombró prelado y en 15 de septiembre de 1904, el actual pontífice, Pío X, le confirió el obispado titular de Myre, recibiendo, el día 25 del mismo mes, la consagración en Roma, de manos del cardenal Merry del Val.

Al mes siguiente, Su Santidad le nombró delegado apostólico y enviado extraordinario en Colombia y en Chile, puesto que ha ocupado hasta su reciente nombramiento de nuncio de Madrid y en el cual ha dado repetidas pruebas de sus especiales dotes diplomáticas.

Hombre de cultura e inteligencia grandes, de carácter dúctil y de una bondad sin límites, supo captarse el cariño y la confianza del Gobierno y de la nación colombianos, y prueba de ello es que ha permanecido en aquella República ocho años en vez de cuatro, que es el tiempo que suelen permanecer los representantes de la Santa Sede en cada categoría. Como monseñor Ragonesi era tan querido del pueblo y del Gobierno de Colombia, el Papa prolongó su estancia en aquel país hasta doblar el período ordinario.

Así se explica que el nuevo nuncio pase de una delegación apostólica a una nunciatura de primera clase, sin haber representado a Su Santidad en una de segunda; los cuatro años que debía haber pasado en ésta se le han acumulado a los cuatro de delegación.

Monseñor Ragonesi es entusiasta por las obras sociales, como él mismo expuso en un notable documento dirigido a las Conferencias de San Vicente que circuló profusamente por la República colombiana.

Habla perfectamente el castellano y por su ilustración y por su trato bondadoso, afable y comunicativo, se captará seguramente en Madrid tantas simpatías como se ha conquistado en América.

PARÍS. - CONGRESO INTERNACIONAL DE EDUCACIÓN FÍSICA. (Fotografías de Branger y de Rol.)

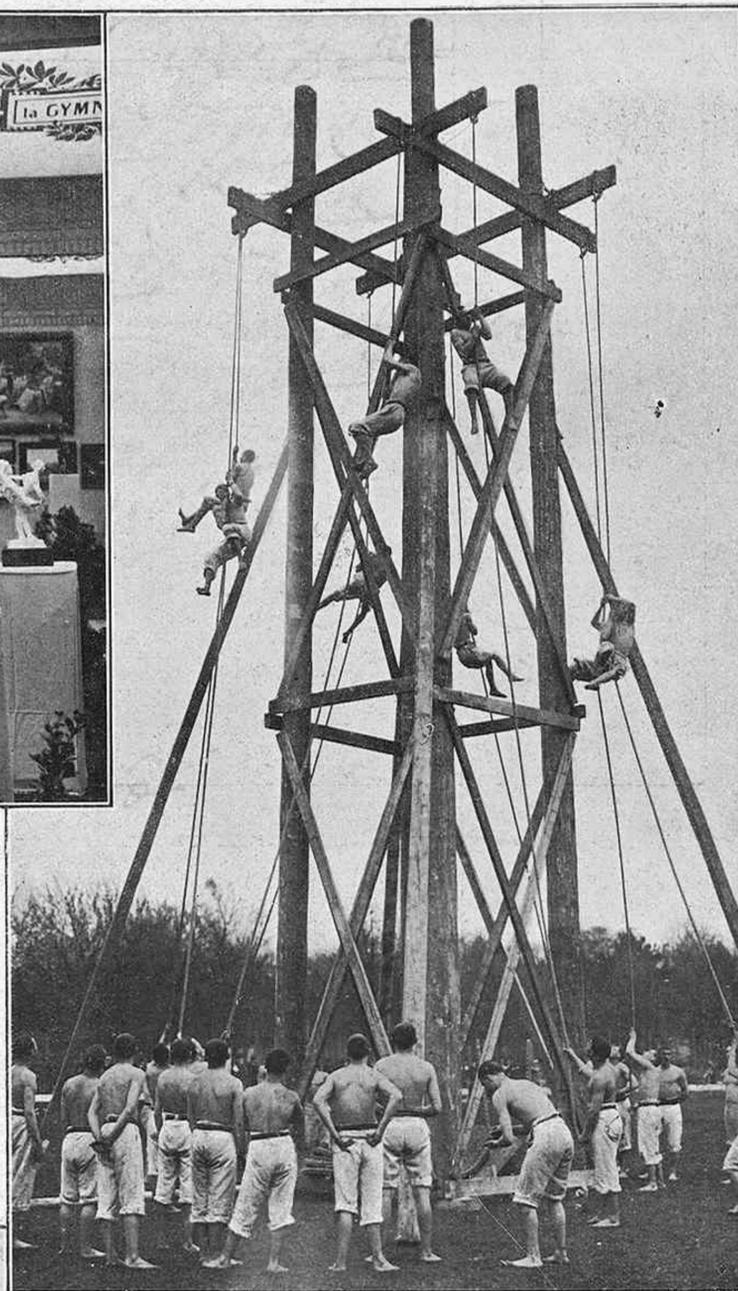


Vista de una de las salas de la Exposición de la Educación Física instalada en la Facultad de Medicina

Desde el día 17 al 20 del corriente se ha celebrado en París el Congreso internacional de Educación Física organizado por los doctores Gilbert, profesor de Clínica médica del Hospital; G. Weiss, profesor de Física de la facultad de Medicina, y Dausset.

La sesión inaugural efectuóse en el gran anfiteatro de la Sorbona, bajo la presidencia del presidente de la República, y en ella pronunciaron elocuentes discursos el profesor Weiss y los delegados extranjeros de Rusia, Suecia, Chile, España, Hungría, Portugal, República Argentina, Dinamarca, Noruega, Turquía y Suiza, el primero explicando los trabajos realizados para la celebración del congreso y los altos fines que con éste se perseguían, y los demás dando las gracias a los organizadores del Congreso, ofreciéndoles su colaboración para realizar la obra que habían acometido y expresando su admiración hacia la nación francesa.

Las diferentes secciones en que el congreso se dividió discutieron importantes temas relacionados con el objeto del mismo y formularon conclusiones de verdadero interés sobre la educación física femenina,



Ejercicios practicados por los fusileros marinos de la escuela de Lorient, educados por el teniente Hebert.

Además se practicaron pruebas de natación en la piscina del Automóvil Club de Francia.

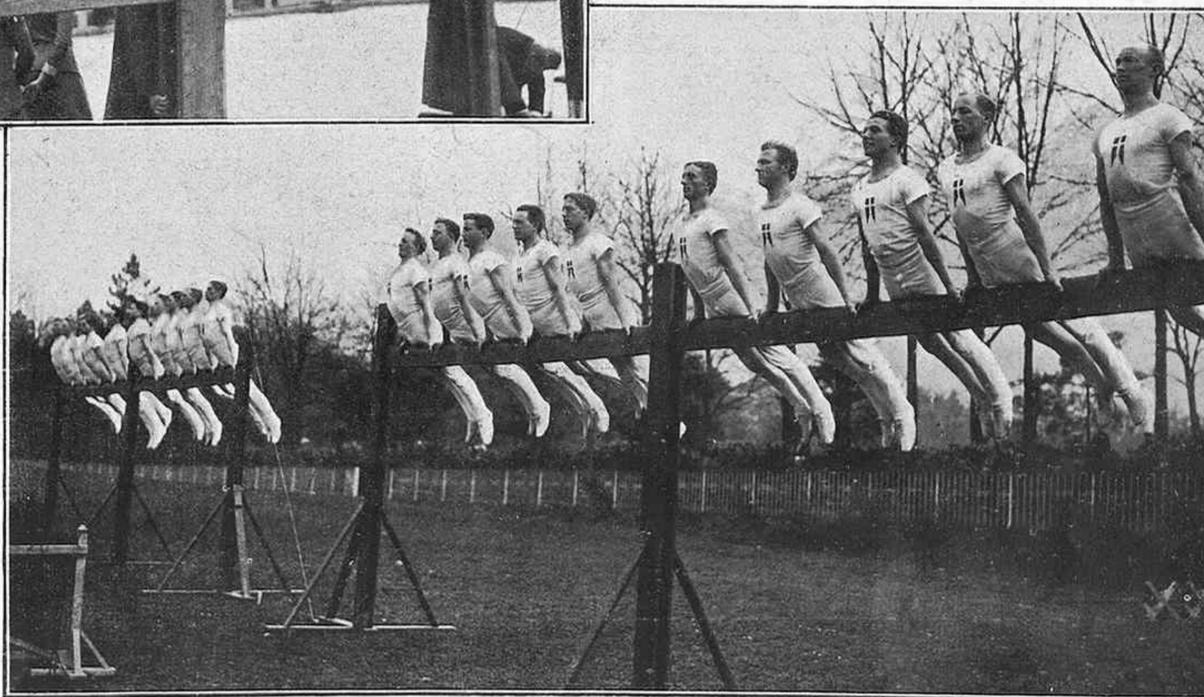
Como complemento del congreso se ha organizado una Exposición de Educación Física. Esta exposición, la primera en su género, está instalada en la Facultad de Medicina y es en extremo interesante; comprende varias secciones, entre las cuales llaman singularmente la atención las dedicadas al arte deportivo del pasado y del presente. En ellas se han reunido colecciones sumamente raras, curiosas y bellísimas referentes a las armas, al boxeo y a los juegos antiguos. Hay allí numerosos cuadros de asuntos deportivos y varias esculturas atléticas de renombrados artistas, como *El boxeador*, de Delapchier, *El discóbolo*, de Tausin, y la estatua de Rodin *El hombre que anda*.



Ejercicios practicados en la barra por las señoritas dinamarquesas

sobre la intervención de la Medicina en los ejercicios físicos y sobre la práctica de los deportes en la escuela. Además, el Congreso adoptó una proposición del Sr. Hebrard de Villeneuve, presidente de sección del Consejo de Estado y de la Academia de los deportes, solicitando la presentación de un proyecto de ley que determine el régimen fiscal de las asociaciones deportivas.

Las tareas del congreso no han sido solamente teóricas, sino que han ido acompañadas de demostraciones prácticas de los diferentes sistemas de educación física, demostraciones que se han efectuado en el Palacio de los Deportes y en la pista que en el Parque de los Príncipes posee la Sociedad General. En estas demostraciones tomaron parte los alumnos de la Escuela de gimnasia y de esgrima de Joinville; el equipo de los gimnastas suecos; el de las señoritas italianas del Real Instituto Ginnástico de Turín; los miembros de la Unión de las Sociedades de Gimnasia de Francia; los alumnos de la Escuela de Marina de Lorient, dirigidos por el teniente Hebert; el equipo de jóvenes dinamarqueses; el equipo de la Liga belga de Educación física; las alumnas de los liceos Víctor Duruy y Lamartine, y el equipo de señoritas dinamarquesas.



Ejercicios practicados en la barra por los gimnastas dinamarqueses



EL SANTERO, cuadro de Julio Moisés

El autor de este cuadro hállase en los comienzos de su vida artística, y sin embargo, en las obras que recientemente ha expuesto en el Salón Parés manifiéstase ya un pintor de no comunes facultades, que sabe sentir los asuntos y trasladarlos a la tela con gran conocimiento de la forma y del color. De ello es buena prueba el lienzo que adjunto reproducimos.



**ANTONIA LA BAILADORA**, obra de Ignacio Zuloaga

(De fotografía de Vizzavona, París.)

Las obras de Zuloaga no necesitan comentarios ni elogios; en todas ellas se advierte, sin el menor esfuerzo, el genio del maestro que se impone, el sello de una personalidad que con ninguna otra puede confundirse. El ilustre pintor guipuzcoano es hoy gloria del arte español y su nombre es respetado en todo el mundo como el de uno de los más grandes artistas contemporáneos.

EXCMO. SR. D. TOMÁS TRÉNOR Y PALAVICINO

Pertenece el Sr. Trénor a una distinguidísima familia valenciana y había nacido en Valencia, el 6 de abril de 1864. A la edad de diez y siete años ingresó en el cuerpo de Artillería, en el que alcanzó, en 1911, el grado de teniente coronel. Había sido diputado a Cortes por Vinaroz, en 1903 y 1904, y por Albaida, en 1907, era gentilhombre de cámara de Su



Excmo. Sr. D. Tomás Trénor y Palavicino, marqués del Turia, fallecido en Madrid el día 21 del actual. (De fotografía de V. Barberá Masip, de Valencia.)

Majestad y poseía numerosas condecoraciones nacionales y extranjeras.

Valenciano amantísimo de su ciudad natal, trabajó siempre con generoso entusiasmo por el progreso y el engrandecimiento de la misma, y durante muchos años, como presidente del Ateneo Mercantil, llevó a cabo muchas y muy provechosas empresas, a las que puso digna coronación con la Exposición regional Valenciana, que luego se convirtió en nacional. El señor Trénor fué el alma de aquella manifestación grandiosa; a ella dedicó su poderosa inteligencia, sus muchas energías y su actividad infatigable; y en ella consumió una buena parte de su propia fortuna. Valencia, que ya le profesaba gran cariño,

Hace poco, había trasladado su residencia a Madrid, en donde se ocupaba activamente en las cuestiones africanas, a las que dedicaba sus valiosas iniciativas desde la presidencia del Consejo de la Sociedad Hispano Marroquí.

miento tardó al ver los males que sus frivolidades, galanteos y amoríos han acarreado al reino, constituyen los puntos esenciales del argumento, que Marquina ha desarrollado en multitud de interesantes episodios, históricos unos y otros imaginarios.



Una escena del drama de Eduardo Marquina «Por los pecados del Rey», estrenado recientemente con gran éxito en el teatro de la Princesa, de Madrid. (De fotografía de Asenjo.)

Perfecto caballero, de carácter bondadoso y de afable trato, el Sr. Trénor gozaba de generales simpatías.

Su muerte ha sido sentidísima en Madrid y sobre todo en Valencia, en donde la noticia del fallecimiento ha producido grande y dolorosa impresión en todas las clases sociales. ¡Descanse en paz el insigne patricio!

La obra, escrita en hermosos versos, ha sido puesta en escena con el lujo y la propiedad tradicionales en el teatro de la Princesa, y en su ejecución rayaron a gran altura María Guerrero y Díaz de Mendoza, admirablemente secundados por las señoras Salvador y Jiménez y por los Sres. Cirera, Mesejo, Juste y demás actores y actrices de la notable compañía.

EL REY CONSTANTINO I DE GRECIA

A consecuencia del alevoso asesinato del rey Jorge I de Grecia, perpetrado en Salónica el día 18 del actual, ha subido al trono de los helenos el que era príncipe heredero, Constantino, duque de Esparta.

El nuevo monarca nació en Atenas en 21 de julio de 1868 y se educó en las academias militares de Alemania y en la famosa Universidad de Heidelberg, en donde contrajo estrecha amistad con el actual emperador Guillermo II.

También por aquel entonces conoció y se enamoró de la princesa Sofía Dorotea Ubrica Alicia de Prusia, hermana de Guillermo II, con la cual se casó en 15 de octubre de 1887, a pesar de la oposición de su madre, la reina Olga, que quería casarlo con una gran duquesa rusa.

En 1897 tomó el mando de las tropas griegas para combatir a los turcos y perdió las plazas de Larisa, Farsalia y Domeko. Dos años después, publicó un folleto sobre la campaña, en el cual, con testimonios oficiales, se sinceró de los cargos que se le hacían y criticó severamente a los generales Makris y Smolenski.

Nombrado, en 1900, generalísimo, se ha ocupado desde entonces activamente en la reorganización del ejército griego; los resultados de sus iniciativas y de sus trabajos se han patentizado elocuentemente en la actual guerra, en la que las tropas helenas, por él dirigidas, han ido de triunfo en triunfo y se han conquistado gloria tan grande como merecida.

POR LOS PECADOS DEL REY

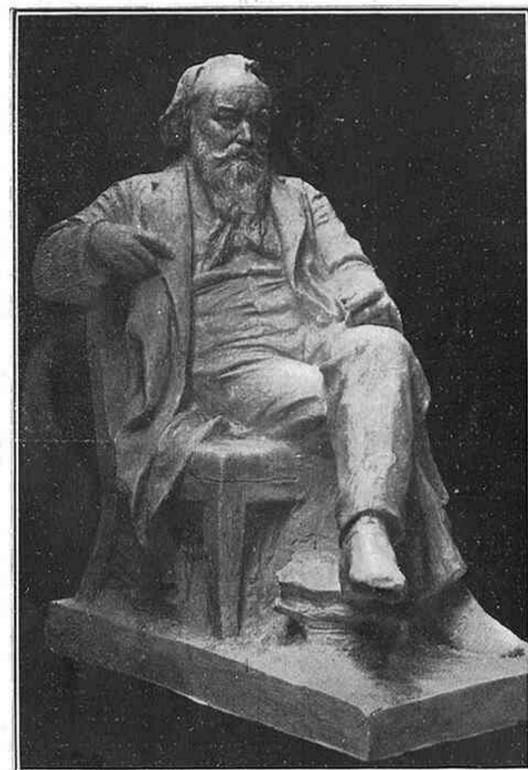
En el teatro de la Princesa, de Madrid, y para el beneficio de la eminente actriz María Guerrero, se ha estrenado la comedia en tres actos y en verso de Eduardo Marquina *Por los pecados del Rey*.

En esta nueva obra, el autor ha continuado sus evocaciones de los más trascendentales sucesos de nuestra historia; y así como el drama *En Planes se ha puesto el Sol* se refiere a la pérdida de los Países Bajos, en la comedia de ahora la acción se enlaza con la pérdida de Portugal.

La maquinación urdida por algunos cortesanos contra el conde de Olivares, los amores, no correspondidos, del monarca con la comedianta María Candado y el desencanto de Felipe IV y su arrepenti-

MONUMENTO A BRAHMS

El eminente pianista y compositor alemán Juan Brahms tendrá muy pronto un monumento en la población austriaca de



Boceto del monumento al célebre compositor Brahms, que próximamente se inaugurará en Ischl, obra del escultor berlinés Reinoldo Felderhoff. (De fotografía de Carlos Trampus.)

Ischl, en donde residió largo tiempo. El monumento es obra del escultor berlinés Reinoldo Felderhoff y de él forma parte la estatua cuyo boceto adjunto reproducimos.

Brahms nació en Hamburgo en 1833 y murió en Viena en 1897. Desde muy joven dióse a conocer como pianista notable y más tarde como compositor, habiendo sido sucesivamente maestro de música de la corte del príncipe de Lippe-Detmold y director de la Academia de Canto y de la Sociedad Filarmónica de Viena. Cultivó todos los géneros musicales, excepto el dramático, y en todos produjo obras magistrales.



El nuevo rey Constantino I de Grecia y la reina Sofía, hermana del emperador de Alemania. (De fotografías de Chusseau-Flaviens.)

le tuvo, desde entonces, verdadera veneración; y el gobierno recompensó aquellos improbables trabajos con el título de marqués del Turia, que le fué otorgado en 1909.

**La Sal Natural de Sprudel**  
de  
**Carlsbad**  
es la única legítima Sal de

# LOS TERRORES DEL RADIO

NOVELA ORIGINAL DE ALBERTO DÓRRINGTON. - ILUSTRACIONES DE A. C. MICHAEL. (CONCLUSIÓN.)

Y señalando la fachada del hotelito que tenían delante, añadió:

- Esta casa es la guarida de unos célebres criminales japoneses capitaneadas por el Dr. Tsarka, que preside el Instituto Messonier.

El príncipe le miró asombrado de sus palabras. Llevaba al pequeño detective más de un palmo de estatura. Su voz tenía el timbre desafiador de un Moltke o de un Bismarck.

- ¡Usted es un solemne mamarracho entrometido!, dijo con acento de trueno. ¿Cómo se atreve a presumir que Beatriz Messonier está asociada con criminales? ¡Rayos y truenos! ¡Ni sabe usted lo que se habla!

El pequeño detective casi se contorcía bajo su mirada y balbuceó incoherentes excusas; pero ni por un instante se apartó del lado del príncipe.

Y reuniendo sus bríos aseguró:

- Tengo orden de vigilar esta casa, y la presencia de Vuestra Alteza aquí nos coloca, a mí y a los agentes que me acompañan, en una situación extraña.

La protesta de Háckett fué interrumpida por la súbita apertura de la puerta de la casa, y la aparición en el umbral del criado de Horubu.

Los miró sonriente y esperó obsequiosamente a que le hicieran alguna indicación de lo que allí los llevaba.

El príncipe le habló en inglés:

- Diga usted al Dr. Tsarka que vengo de parte de la señora Messonier.

Y al decir estas palabras sacó del bolsillo un sobre teniéndolo firmemente sujeto entre su índice y pulgar.

- Este caballero, añadió señalando a Tóny, con un aire evidente de sospecha, ha hecho una acusación muy grave contra su amo de usted.

Satuma manifestó un fulgor súbito en la mirada y tomó una actitud sumamente servicial; pero ni por un instante apartó sus ojos del sobre que en su mano tenía asido el príncipe Hohenhoff.

Alargó sus dedos largos y cetrinos para cogerlo; mas echó de ver que, a veces, la mano de un príncipe es tan ligera como la de un prestidigitador.

El sobre quedó retirado como por ensalmo.

- Si su amo hace el obsequio de recibirme, dijo riendo el príncipe, se lo entregaré en persona. Esto es parte de una promesa que he hecho anteriormente a la señora Messonier.

El pequeño detective se sintió como quien va a caer de un alto.

- Espero, dijo, que Vuestra Alteza me permitirá estar presente a la entrevista.

Y señalando al sobre que retenía Hohenhoff en la mano, continuó:

- Ese sobre contiene un cheque de cinco mil guineas de la duquesa de Márister. Mi deber es velar por los intereses de la augusta dama.

El príncipe Hohenhoff miró sombríamente al pequeño detective mientras el criado desaparecía para llevar el mensaje del visitante al doctor japonés que le esperaba impaciente.

De nuevo se preguntaba Tóny cómo había sido posible que el príncipe hubiese caído en un fraude tan burdo.

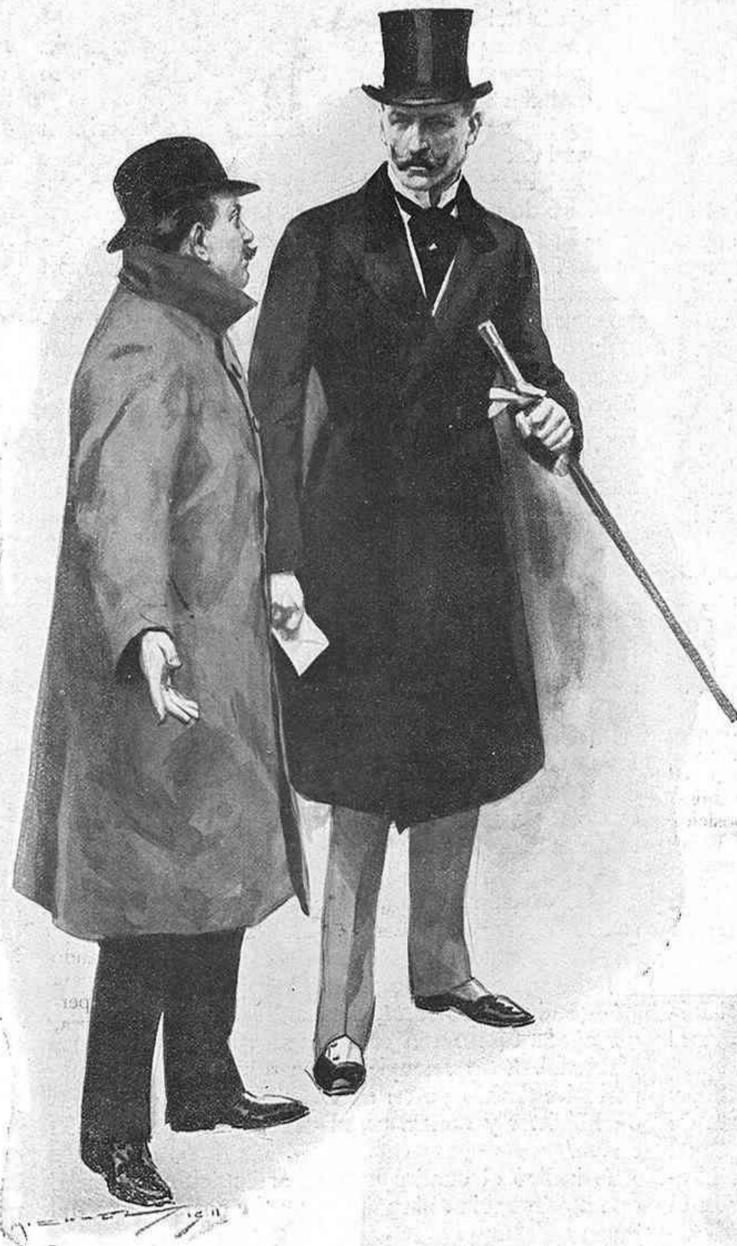
Era evidente que Beatriz Messonier había utilizado sus propias cualidades de gran genio médico con algún intento.

La simple vista del bello rostro de Hohenhoff demostraba que la ciencia y la destreza de la doctora oculista habían borrado completamente los efectos letales del radio.

Como la mayor parte de los convalecientes, se decía Tóny, el príncipe había sido lo suficientemente maleable para conformarse con los más ligeros deseos de aquella hermosa especialista que le había curado.

Pero Tóny Háckett estaba dispuesto a no per-

der la ocasión que se le presentaba de celebridad y de ascenso, y haciendo una señal a uno de los detectives siguió decididamente y con cautela los pasos del príncipe, como quien veía depender su vida de cualquier ataque probablemente inmediato.



¡Usted es un solemne mamarracho entrometido!

Conocía bien que el hombre que había destrozado los nervios ópticos y cerebrales de su camarada Rénwick, no se pararía en barras al ver amenazada su libertad.

En la casa se respiraba una atmósfera cargada del olor peculiar de cierta substancia mineral.

Satuma indicó una puerta abierta al fondo del pasillo, y saludó como un muñeco de resorte cuando los dos visitantes, pasando ante él, entraron en ella.

Una sola bombilla iluminaba la habitación, y el pequeño detective, en su ansia de ver, creyó por un momento que la habitación estaba desocupada.

Una breve pausa, empero, dió intensidad a su visión, y, juntamente con los detalles del aposento, percibió el rostro de un hombre bajo, con apariencias de trago que los miraba atentamente: un rostro musculoso y encogido, unos ojos brillantes, unos labios pálidos.

El príncipe Hohenhoff saludó a Tsarka con leve inclinación de cabeza, sin soltar el sobre que tenía asido fuertemente en la diestra.

La figurilla de duende del Dr. Tsarka irguióse al punto, y sus ojos pasaron con la velocidad del rayo del alto príncipe Hohenhoff al bajo y sonriente detective que se había quedado junto a la puerta.

Había algo en la actitud de Tóny que excitó instantáneamente su ira.

- Mi casa parece estar expuesta a la intrusión del primer curioso, dijo agriamente. ¿Qué se le ofrece, caballero?

El príncipe intervino:

- He permitido, dijo señalando con la mirada a Tóny, a este caballero que me siga porque estoy deseoso de oír cómo refuta usted las inoportunas acusaciones que contra usted hace.

Entregó al Dr. Tsarka el sobre y se volvió junto a la puerta.

Tóny aceptó el desafío que parecía proponerle con el fiero brillo de sus ojos.

El príncipe Hohenhoff habló de nuevo como quien desea explicar claramente la parte que toma en un negocio:

- He venido a petición de la señora Beatriz Messonier, quien ha recurrido a mí para que la proteja contra gentes no autorizadas que espían todas sus acciones. Me ha dicho que le han detenido y abierto la correspondencia, que han interrumpido sus comunicaciones telefónicas, tanto que se ve obligada a confiar en la influencia y generosidad de sus clientes poderosos para proseguir sus trabajos médicos.

El príncipe hablaba con acaloramiento, y en sus mejillas y cuello se veía el rojo color de la sangre que le causaba tal arrebato.

- Ignoro, continuó dirigiéndose a Tóny, si está usted enterado de estas persecuciones.

El pequeño detective se encogió ligeramente de hombros con un gesto de buen humor.

Estaba persuadido de que aquel regio joven había sido víctima de los encantos de la doctora Messonier y le veía que, sin darse cuenta, se estaba poniendo en situación muy embarazosa.

Por un medio o por otro, tal vez mediante el aviso del criado portero, el diminuto especialista pareció conocer quién era el alto visitante portador del cheque.

En su boca se bosquejó una sonrisa que suavizó la dureza de líneas de su rostro, y con tono halagador explicó:

- Desde que vinimos a Inglaterra hemos sufrido las persecuciones más sañudas. Ese hombre, dijo señalando al sonriente detective, es uno de los que nos persiguen injustificadamente. En todos sitios no hemos encontrado sino contrariedades y tiranía. Ese hombre forma parte de una legión cuyo fin parece ser únicamente hostigar a la señora Messonier y a mí. Nos imputan los móviles más odiosos. Por tanto, señor, le suplico no preste atención a la imprudente palabrería de ese fatuo.

Tóny se mordió los labios al oír ese dicitario, pero se contuvo.

No era la primera vez en su vida que había sufrido el látigo de la injuria al hallarse frente a criminales sorprendidos.

En las circunstancias presentes se reprimió tanto más fácilmente cuanto que había por fin echado el guante al hombre que se había burlado de los más diestros agentes del *Scotland Yard*. Con estudiada calma contestó:

- Hay orden de prender a usted, Dr. Tsarka. Se la puedo leer a usted si lo desea. De todos modos debe usted acompañar a un agente de la autoridad hasta la delegación de Policía más próxima donde le leerán la acusación que contra usted hay por estafar a la duquesa de Márister y al príncipe Hohenhoff.

El príncipe miró con ojos de a duro a Tóny.

- ¡Por vida!.. ¡Usted está loco, yo no he acusado de nada al Dr. Tsarka!

- Pues lo siento, replicó Tóny con un brillo especial de chunga en sus pardos ojos. Ese caballero (indicó al diminuto especialista que denotaba en el rostro una tensión nerviosa inmensa) ese caballero arregló una pequeña comedia en el Estudio al que Vuestra Alteza, en compañía de otras damas y caballeros distinguidos, fué para recibir un bautismo de moléculas de radio, que causaron a Vuestra Alteza bastante dolor y no pocas molestias.

El diminuto especialista prorrumpió en estrepitosa carcajada, pero Tóny observó que en medio de aquella simular hilaridad se veía en sus manos un temblor nervioso.

El príncipe Hohenhoff miraba atónito al inmóvil detective.

Después, con ternura insólita en sus ojos, le preguntó de un modo que denotaba extraño interés y ansiedad por la respuesta:

— ¿Mezcla usted también en ese engaño y fraude a Beatriz Messonier? ¡Oh, seguramente que se aventura usted mucho!

La respuesta del pequeño detective fué enfática y conciliadora.

— Suplico a Vuestra Alteza tenga un poco de paciencia conmigo. En los países civilizados el deber de los reyes y de los príncipes es defender las leyes. No hago imputación ninguna contra Beatriz Messonier; sólo he de entenderme con el Dr. Tsarka.

El príncipe Hohenhoff hizo una leve inclinación con no afectada humildad en los modales. En la respuesta del detective había algo que le había sedado la ira.

— Del Dr. Tsarka nada sé, dijo. Únicamente definiendo los intereses de la señora Messonier..., porque ha sufrido mucho y ha dedicado toda su vida al alivio de los sufrimientos ajenos. ¡Yo mismo soy un ejemplo vivo de su ciencia y poder!, añadió con apasionada voz. Téngase, pues, entendido que el más ligero conato de perseguir o molestar a la señora Messonier lo tomaremos como ofensa nuestra tanto a la duquesa de Márister como yo mismo.

Volvióse ligeramente hacia el Dr. Tsarka e hizo ademán de retirarse.

El pequeño especialista había permanecido quieto y tranquilo oyendo las alegaciones del detective, y esperando que se retirase su regio visitante para habérselas él mismo con aquel intruso.

Con el cheque de la duquesa de Márister de cinco mil guineas en su bolsillo, esperaba, aún en el último extremo, obtener libertad bajo fianza si el detective insistía en llevarle a una delegación de Policía.

La presencia del príncipe en la escena de aquella tragedia que tocaba a su fin, era, después de todo, una suerte inesperada que le podía servir de mucho.

La situación era muy crítica. Pero el doctor japonés comprendió que su genio, la encantadora Beatriz Messonier, había conquistado el corazón del príncipe y que éste le salvaría.

Mas cuando se desvaneció este pensamiento en su mente, el doctor nipón se vió desolado y miserable, y vió que Beatriz se le iba para siempre de la sugestión con que la dominara, que se le escapaba a la inmensidad de mundos desconocidos, mientras que hacia él avanzaban los muros sombríos de un correccional inglés.

El príncipe Hohenhoff había ganado el pasillo, y con unos pasos más se encontraba en la puerta de salida; pero entonces llegó hasta él una voz que en una de las habitaciones superiores cantaba un himno triunfal japonés; una voz que él había oído en el Estudio de Piccadilly cuando el estereoscopio cargado de radio había disparado sus rayos cegadores contra lo profundo de su cerebro.

Aquel himno triunfal nipón atravesó hasta la médula de sus huesos, como una hoja de acero.

Detúvose, con su enguantado y cerrado puño apoyado en la puerta, la cabeza hacia atrás, los dientes apretados.

El himno continuaba, acompañado de pisadas impacientes.

Los pasos se oyeron cruzar la habitación superior, y luego salir a la escalera. Diez segundos después Soto Inouyiti asomó su busto sobre la barandilla y descendió rápidamente, casi sin mirar a un lado ni a otro.

En sus brazos traía un gran lienzo, que, puesto a la luz, al entrar él en el despacho del diminuto especialista, ostentó obscuras salpicaduras de color formando el rostro de un joven nipón moribundo que se despedía del mundo.

Una vez en el despacho levantó el lienzo de modo que la luz iluminase de lleno la incomparable obra de su pincel, y se lo mostró a Tsarka con triunfante bafa.

— Teroni Tsarka, mira la crucifixión de Soto Inouyiti.

Y movía el cuadro de aquí para allí, con el loco deleite que la fin y percepción de la pintura le producían.

— Saluda, Teroni, que aquí brilla una luz tan pura como jamás fulguró en las llamas de tu laboratorio. ¡Fuera tus bombillas de radio, y mira mi esplendente obra!

Bailó por el despacho, ondulando su suelta cor-

bata en sus vueltas y saltos. En aquel momento hubiera deseado el doctor que se abriese la tierra y tragase a Inouyiti.

Las risotadas del joven artista cesaron casi en seguida.

Una sombra se interpuso entre él y la luz.

Alzó la vista y al ver la gigantesca y rubia figura del príncipe Hohenhoff el lienzo se le cayó de las manos.

Un leve silbido de Háckett atrajo al detective que había quedado en el fondo del pasillo, quien a otra señal de Tóny se apoderó del pintor y echándole unas esposas a las muñecas lo apartó a un rincón del despacho.

El príncipe hizo un signo de aprobación entusiasta a Háckett.

— Ha hecho usted, dijo, perfectamente en prender a ese pequeño monstruo. El fué el autor de la salvajada del Estudio.

Hizo una pausa para contemplar al doctor nipón el cual a duras penas ocultaba el estremecimiento que agitaba sus miembros.

— ¿Niega usted su complicidad en aquel crimen infernal del Estudio?

Tsarka señaló al tembloroso Inouyiti con un gesto lleno de piedad:

— Ese joven padece ataques cerebrales. Debo recordar, además, a usted (añadió con una inclinación fríamente ceremoniosa) que esta casa es una clínica particular. ¿Acaso hará usted responsable a un médico de los pecados de sus pacientes?, preguntó con tranquilidad. ¿Debo yo responder de la conducta insana de los enfermos que vienen a mí en busca de curación?

El príncipe Hohenhoff se encogió de hombros, y admitió pensativo:

— Las circunstancias son muy curiosas.

Después se inclinó, recogió el lienzo de Inouyiti y lo contempló a la luz.

Era la cabeza de un joven japonés, al óleo.

A la primera ojeada el príncipe Hohenhoff, experto conocedor de primer orden, descubrió en la técnica magistral y en la composición la expresión más rara de un genio sobresaliente.

Miró al cuadro un breve rato, que al detective Háckett le pareció un siglo.

Luego, sin bajar el lienzo, preguntó al diminuto especialista en voz inalterada, indicando con un gesto de la cabeza a Inouyiti.

— ¿Ha pintado ese joven esta cabeza?

— Lo presumo. La mayor parte de sus cuadros son horribles.

— ¿Son capaces los locos de ejecutar una forma tan elevada de arte como ésta?

— ¡Indudablemente!, respondió Tsarka con una carcajada. Si no me cree usted vaya a la Galería Nacional. Soto Inouyiti es un degenerado. ¡Tanta parte he tenido yo en su ataque contra la duquesa de Márister y contra usted como en la producción de eso!

E indicó el cuadro con una afectación de burla, que atrajo hacia él la mirada fiera y sorprendida del joven artista.

Inouyiti preguntó:

— ¿Fué también mi locura, Teroni, la que preparó el envenenado estereoscopio? Di a este caballero cómo entre tú y Horubu, con amenazas, me indujiste al crimen. ¡Dile cómo entre tú y Horubu me embaucasteis al llegar yo del Japón para robarme cuanto dinero ganaba yo con mis pinceles! Si he de ir a la cárcel, no pido más sino que te lleven conmigo.

Tóny dió un paso hacia la puerta, pero se detuvo a una mirada del príncipe.

— Un momento, antes de que llame usted a su gente. Quiero hacer una pregunta al Dr. Tsarka.

— Vuestra Alteza puede interrogar cuanto guste a ambos presos.

— Sólo esto, continuó el príncipe con un temblor convulsivo en todo el cuerpo. ¿Conoce Beatriz Messonier toda la verdad de esta infame conspiración, para suministrarle clientes ricos?

La respuesta del diminuto especialista fué breve y convincente:

— No hubiese enviado aquí a Vuestra Alteza si hubiese creído en las necias invenciones de ese loco Inouyiti.

El príncipe Hohenhoff saludó con ligera inclinación al doctor japonés y haciendo una señal de despedida a Háckett salió a la calle.

En el momento en que el automóvil rojo de bruñido esmalte salió del pasco Abingdon, los agentes a las órdenes del pequeño detective penetraron en la casa.

El Dr. Tsarka hizo un gesto de profundo disgusto al observar su brusca invasión.

— Tengo otro enfermo en esta casa, dijo sombríamente. Es un cirujano del ejército japonés, el cual mientras hacía algunos experimentos en el laboratorio con ciertos compuestos minerales quedó el otro día gravemente herido.

El pequeño detective prometió que dos enfermeras se encargarían de vigilar la casa y cuidar al enfermo hasta que se decidiese algo en definitivo sobre la situación futura del especialista.

Salieron de la casa y montando en un coche taxímetro de punto que esperaba partieron los detenidos y el detective Háckett hacia la delegación más próxima.

## XX

Corría el rumor en los centros de la alta sociedad londinense, y se admitía como cierto, que el príncipe Hohenhoff se había enamorado perdidamente de Beatriz Messonier.

Sabíase asimismo que Su Alteza había rehusado todos los compromisos diplomáticos que tenía medio contraídos para el año próximo, y que, actualmente, se había decidido a no volver a Alemania.

Ciertos periódicos del Continente hacían comidilla de aquella información sirviéndola de diferentes modos al público que no la creía fácilmente.

Decían que uno de los príncipes más importantes de una de las familias reales de Europa estaba a punto de casarse con una charlatana sin nombre, la cual por ciertos medios misteriosos, había hecho unas curas brillantes en un Instituto entonces ya famoso.

La inesperada prisión del especialista japonés e Inouyiti fué el epílogo más sonoro de la historia.

Sin duda, se pensaba, Beatriz Messonier había de quedar complicada con aquella serie de crímenes y estafas del radio que habían espantado recientemente a Europa y América.

¿Cómo iba el príncipe Hohenhoff a escapar de entre las redes del escándalo en que había caído?

La calle de Húntingdon rebosaba de policía secreta, y, con todo, la bella «charlatana» que había librado a la duquesa de Márister y al príncipe Hohenhoff de los destructores efectos del radio del especialista continuaba en libertad.

La razón no era muy difícil de buscar.

El *Scotland Yard* se encontró a última hora con que no podía presentar un cargo sólido contra Gifford Réwnick.

Un jurado simpático hacia el detective negóse a ver por qué no podía un joven aceptar el único medio que se le presentaba de salvar su vista.

El defensor de Gifford recaló con apasionado énfasis cómo el joven detective había caído en la trampa de aquellos malvados japoneses en el laboratorio del especialista neurálgico, quedando mortalmente herido, es decir, totalmente ciego, bajo la esponja rádica.

¿Qué ser humano hubiese rehusado en tales circunstancias ser curado, aunque el ofrecimiento de la cura, los medios para lograrla, o la cura misma se los proporcionase un bandido del radio?

En vano el abogado fiscal se esforzó para hacer ver que Gifford había querido contemporizar con los estafadores del radio; pues fuera del hecho concreto de que había recibido el cheque de Pepio no se pudo probar nada en contra suya.

Después de una breve deliberación volvió el jurado y pronunció unánimemente el veredicto de inculpabilidad y Gifford salió de la Audiencia llevando consigo la simpatía y la estimación de los jueces y del público.

La causa que se seguía contra el especialista japonés e Inouyiti avanzaba muy lentamente.

A Horubu le hallaron en el laboratorio padeciendo crueles dolores de sus horribles quemaduras. El aguerrido veterano negóse a dar ninguna explicación sobre sí mismo o sobre las causas de su accidente.

No obstante, se declaró autor del atropello que con el blindado auto hizo en la multitud que quería cerrarle el paso.

Hasta el último momento sostuvo que el diminuto especialista no tenía parte alguna en aquel asunto. Si el joven artista le acompañó en el auto fué sólo porque le obligó con amenazas a que le acompañase.

El proceso sobre la tropelía del Estudio reveló al mundo entero el aspecto cómico que le acompañó. La declaración del «Barón maculado» no hizo sino aumentar el lado ridículo de aquella conspiración que por otra parte era bien trágica.

La actitud final del príncipe Hohenhoff hacia el joven artista fué altamente compasiva. Y en realidad, al hacerse pública la historia del desgraciado Soto Inouyiti, la opinión pública solicitó su libertad inmediata.

El diminuto especialista mantúvose cínico y obstinado contra las duras flagelaciones del fiscal.

Hubo de admitir que había fundado el Instituto Messonier, y este hecho le fué muy favorable, porque le creó una atmósfera propicia en vista de las prodigiosas curas de que todos los días se tenían noticias y que se realizaban en sus salas de operaciones.

La señora Messonier habíase visto obligada a aumentar su personal sanitario para atender a las necesidades de la asistencia que había de prestar a los opulentos pacientes que de todos los puntos de Europa acudían a su Instituto para someterse al tratamiento radiomagnético.

En todo el curso del proceso contra el doctor japonés no se pronunció la más mínima palabra que arrojase la más ligera sombra sobre la pureza y legitimidad de la ciencia y conocimientos médicos de Beatriz Messonier.

La declaración de Gifford decidió el triunfo de la Oficina Internacional mostrando con verdad inexorable y juicio recto el real Teroni Tsarka quien no había reparado, para su propio lucro, en mutilar y oprimir con los terrores del radio a sus desgraciadas víctimas.

Admitió sencillamente que había dejado de prender al diminuto especialista japonés y a Horubu, y declaró la verdadera causa de este hecho.

La ley, si no es siempre lógica, es a veces humana, y el presidente del tribunal tuvo conmiseración de Rénwick porque comprendió su magnanimidad al escoger la ignominia para salvar la vista de varias personas puestas en peligro de perderla para siempre.

Y lo que resultó bastante extraño, fué que Gifford no guardó resentimiento contra el diminuto especialista japonés que le había destruído completamente su carrera.

Entre los dos había habido un duelo de ingenio en que ni el uno ni el otro habían salido vencedores.

Después de largos días terminó la vista de la causa, tras tanta alabanza mutua y tanto mutuo insulto de los abogados de las partes contrarias.

El jurado veía claramente una circunstancia: Beatriz Messonier había hecho todas las curas ignorando por completo los móviles del doctor japonés.

Durante todo el proceso no se apartaron de ella la duquesa de Márister y el príncipe Hohenhoff.

En el juicio, su declaración, esmaltada por una inocencia pueril, y la historia de sus luchas pasadas por la vida y por la ciencia, le ganaron pronto la universal simpatía.

El diminuto especialista fué condenado a dos años de presidio, y Horubu, restablecido de sus quemaduras, recibió mayor ración de presidio.

Inouyiti escapó solamente con una tremenda filípica del presidente del tribunal, quien le hizo ver el peligro de tomar dinero prestado de manos criminales.

El tribunal obligó al judío Pablo Isaacson a que restituyese la *cache* de radio que había tomado de Horubu, y que fué devuelta al profesor Eugenio Móritz, su legítimo dueño.

Rénwick al salir de la sesión última de la vista de la causa, sintióse completamente anonadado en su carrera policíaca.

Pensaba comenzar de nuevo su vida en los Estados Unidos como empleado en las ciudades, o como ranchero en los campos.

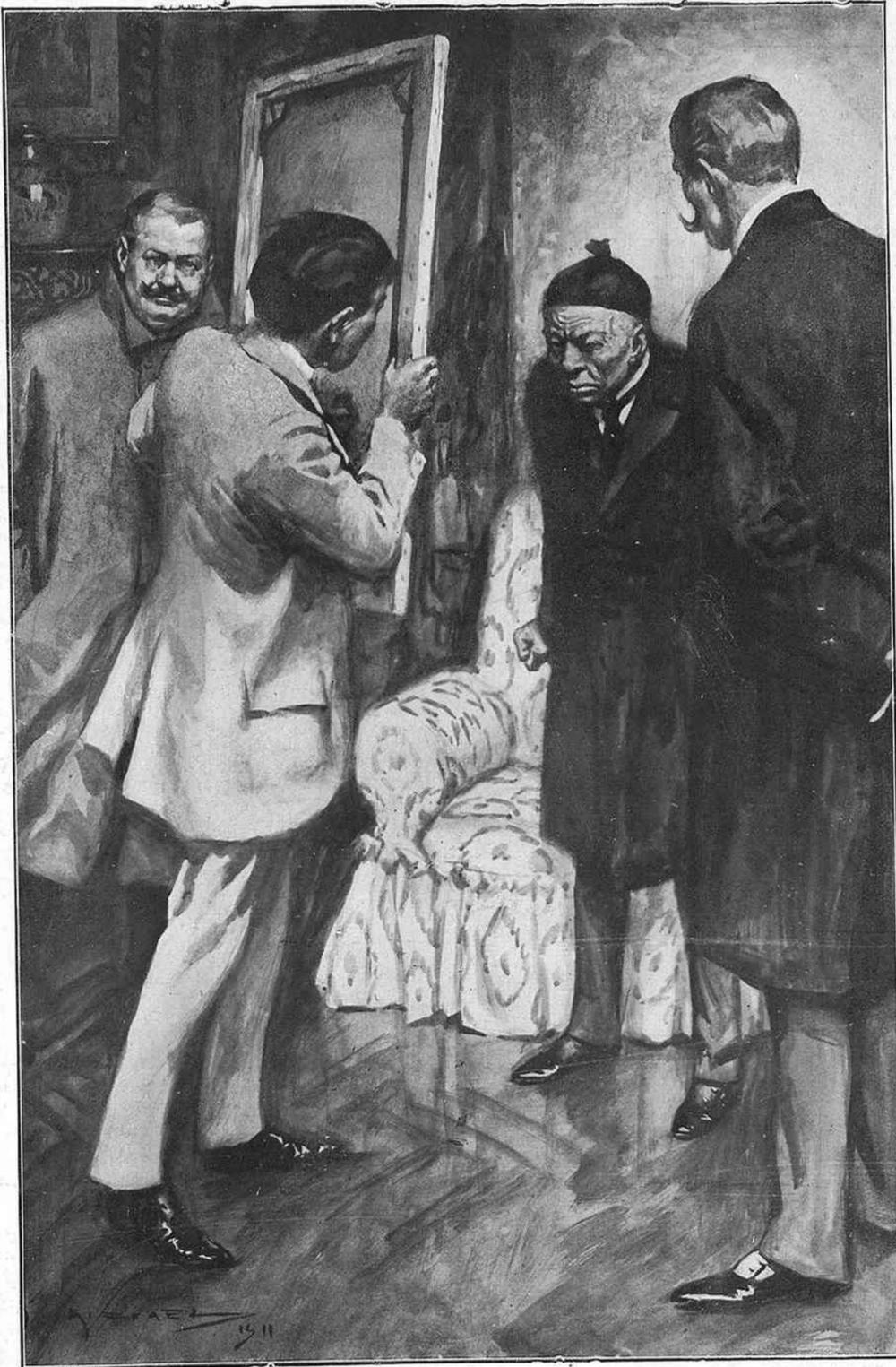
Poseía aún en el Banco de Twickenham unas cuantas libras, y su madre le acompañaría y le ayudaría a olvidar los contratiempos y amarguras de los días pasados.

Al ir a cruzar la acera vió un lacayo con librea que desde la Audiencia se dirigía a él.

— Dispéñeme, Mr. Rénwick, dijo. Su Excelencia desea ver a usted unos instantes.

Gifford estuvo a punto de reirse ante tan inusitada petición; pero recordó la distinguida dama de ojos brillantes que había seguido con tanto interés su declaración.

Dándose ánimos y arreglándose instintivamente



— Teroni, mira la crucifixión de Soto Inouyiti

algunos detalles del traje siguió al lacayo hacia un auto azulado que se hallaba detenido a cierta distancia de la Audiencia.

Notó que del interior del auto le atisbaban unos ojos femeniles, que cual perlas brillantes esplendían en el nacarado rostro casi escondido entre el almohadillado.

Al acercarse, la duquesa de Márister irguióse para saludarle y con voz dulce le dijo:

— Tengo sumo placer en saludar a usted, mister Rénwick. Su conducta durante el curso de investigación tan desgraciada ha sido heroica.

Gifford se sonrojó y respondió en términos que no hicieron sino aumentar la admiración de la duquesa al observar su modestia y prudencia.

— ¿Cree usted, prosiguió entusiastamente la duquesa, que sólo son héroes los hombres que impávidos se lanzan a la boca del cañón? El heroísmo verdadero es el que fuerza a los hombres a mantenerse serenos y aun inmóviles ante la presencia de un peligro real. ¿Qué hubiera sido de mí o del príncipe Hohenhoff, si usted, por el ansia de adquirir notoriedad profesional hubiese detenido a la señora Messonier?

Gifford guardó silencio.

La duquesa tocóle en la mano con su abanico enjoiado y añadió:

— ¿No sabe usted lo que hubiese sucedido si hubiese usted puesto presos a Tsarka y a la señora Beatriz Messonier entre el siete y nueve de octubre?

— Es posible que Vuestra Excelencia hubiese perdido la vista para siempre. En aquella fecha, siete de octubre, no estaba yo aún seguro del límite a que llegaba en el Instituto del Radio la influencia del Dr. Tsarka. Parecióme mejor esperar.

— ¡Y al hacerlo así sacrificó usted su honor y su reputación profesionales!

Y mirando al ruborizado detective, añadió también con cierto sonrojo:

— Ya sé la respuesta que recibiría yo de usted si le ofreciese una compensación en metálico.

Gifford demostró en un encogimiento espontáneo la verdad de la suposición de la duquesa.

— Bueno, bueno, continuó la dama riendo, no he dicho nada. Pero no veo razón ninguna que impida a una Márister mostrarse agradecida a Mr. Rénwick. Confío que en lo porvenir tendremos ocasiones más propicias de ser amigos de verdad.

En aquellas palabras, lejos de un mero cumplimento, de esos de *miento por cumplir*, Gifford descubrió una afección sincera y calurosa.

Al irse a volver despidiéndose de la señora del auto, distinguió en el fondo de éste un perfil delicado, sumido en la sombra del rincón del carruaje de modo que se le había ocultado hasta entonces; un perfil bienamado cuya contemplación le hizo sonrojarse al punto, con todo el abrasado e insólito fuego que en su sangre causaba el simple recuerdo de la bella actriz.

— ¡Miss Cranstone!, exclamó con sorpresa.

— Sí, repuso la duquesa. Otra de las silenciosas admiradoras de usted. ¿Pero no se estrechan las manos?

El rostro hermoso de la actriz asomó por cima del hombro de la duquesa; su mano estrechó instintivamente la del detective.

Con grandes esfuerzos se había contenido Violeta de no estrechar antes la mano de su amigo, tan cercano a ella sin saberlo.

La bellísima actriz no se había olvidado de la casi quijotesca conducta de Rénwick durante los momentos de prueba en que los agentes del *Scotland Yard* estaban llamando clamorosa-

mente a las puertas de la sala de operaciones del Instituto Messonier.

— ¡Yo también debo mostrar a usted mi agradecimiento, Mr. Rénwick!, dijo. Yo le debo mi vida, porque realmente me la salvó cuando aquel horrible doctor japonés nos pedía honorarios tan exorbitantes que hubiesen sido la ruina de mi vieja madre y la mía.

— Mis honorarios, interpuso la duquesa, servirán para levantar una nueva ala en el edificio del Instituto Messonier. Beatriz no los quiso aceptar sino con esta condición. El cheque me lo devolvió en seguida un tal Mr. Tóny Háckett.

Gifford comprendió que la señora duquesa de Márister había intimado mucho con la célebre artista, amistad, que según supo después, había empezado en las salas del Instituto Messonier cuando sobre la bella aristócrata y la preciosa actriz pendían las tinieblas rásicas.

La duquesa no permitió partir a Gifford hasta que éste le hubo prometido visitarla en su residencia campestre de «Cortillion».

Gifford se apartó de las dos damas sintiéndose fracasado con más intensidad que nunca.

Los diosillos del radio habían concedido a varios actores del reciente drama sus dones y mercedes.

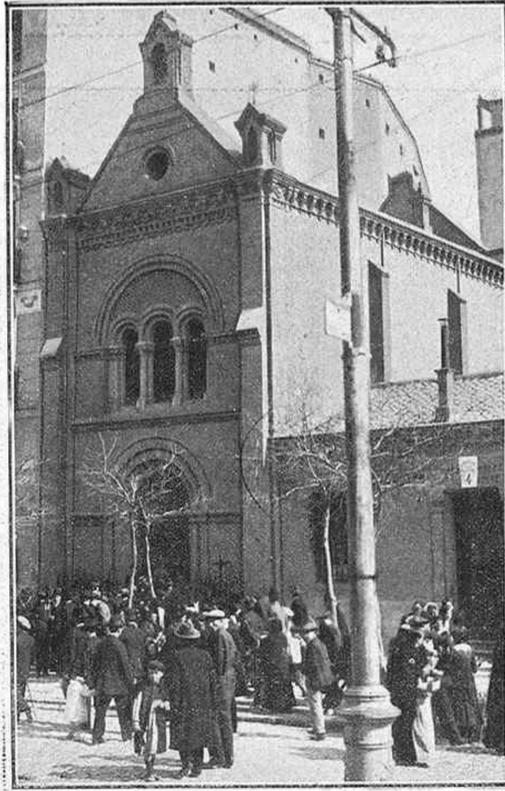
Tóny Hackett había ascendido en consideración en la Oficina Internacional y, lo más positivo, su sueldo había subido mucho.

Beatriz Messonier, sin querer, estaba haciendo lo que se dice un capitalazo, por el sinnúmero de enfermos que se ponían bajo su tratamiento y los honorarios crecidos que, por la riqueza de los pacientes, le pagaban; y aun Violeta Cranstone había tenido el beneficio de hacerse inmensamente popular gracias a la historia de su extraña aventura en el taller de Piccadilly.



personas, y a la luz del farol, envuelta en vaporosa niebla, brilló el rostro lloroso de Pepio Tsarka.

Su mano se apoyaba en el brazo de Soto Inouyiti, mientras que el joven artista, de pechos en el barandal del puente, contemplaba absorto los juegos locos de la luz quebrada en las oscuras ondas.



MADRID. - LA ROMERÍA

DE LA CARA DE DIOS

Una de las fiestas más típicas que en Madrid se celebran es la tradicional romería llamada de la Cara de Dios, que se efectúa el Viernes Santo.

En la mañana de dicho día, son numerosísimos los romeros que acuden a la capilla del Príncipe Pío fundada en el siglo XVII por la marquesa de Castel Rodrigo, D.<sup>a</sup> Leonor de Moura, y en la que se



Madrid. - La romería de la Cara de Dios

Vista de la capilla del Príncipe Pío, en donde se venera la Cara de Dios, y tipos de algunas concurrentes a la romería. (Fotografías de Vidal.)

Para él sólo quedaba la gratitud de una dama aristocrática cuyas emociones la guiaban a los actos más extravagantes de bondad.

Gifford sentíase estremecer de júbilo siempre que pensaba en que había librado a Violeta de la ceguera, y la esperanza de volverla a ver de nuevo disipaba las neblinas de melancólica depresión que amenazaban obscurecer su mente.

Vuelto a su casa de Twickenham Gifford recibió al día siguiente su última sorpresa.

Era una carta de Hardinge K. Hardinge, el multimillonario americano que sólo había sufrido ligeramente de la lluvia radiomolecular de Inouyiti.

La carta era sumamente característica de mister Hardinge. Decía así:

«Muy apreciado Mr. Rénwick: el príncipe Hohenhoff ha tenido la amabilidad de darme a conocer su nombre de usted.

»Estuve, pues, presente al juicio oral del doctor Tsarka y aprecié como el que más los esfuerzos heroicos de usted para desbaratar lo que hubiese sido fuente inagotable de tragedias horribles.

»Si puede usted venir a comer conmigo esta tarde en el American Club, en Piccadilly tengo en mis manos dar a usted un empleo de confianza que puede ser de provecho grande para usted y para mí.»

Gifford aceptó alegremente la invitación del multimillonario, y recibió efectivamente un empleo de confianza y gran remuneración en una casa importantísima de banca en la que Mr. Hardinge tenía influencia incuestionable.

Una semana después de haber tomado posesión de su nuevo cargo pudo hacer una breve visita al «Cortillon» donde se encontraba también Miss Violeta Cranstone preparándose para la temporada próxima. La duquesa de Mårister miraba ya a Miss Violeta y a Gifford como sus especiales protegidos.

La verdad es que necesitó de su parte muy pocos esfuerzos para hacer que ambos jóvenes no se separasen durante la corta visita del antiguo detective a «Cortillon».

Y después, en el mes de septiembre, cuando la aristocrática señora reunió nuevamente en su augusta residencia a los dos jóvenes era evidente que los diosillos del radio estaban dispuestos a llenar sus vidas de un júbilo y alegría abrasadores, sólo conocidos de quienes habían experimentado el frío terror de sus ráficas saetas.

#### CONCLUSIÓN

La noche había caído lentamente sobre la neblina del río por el que subían a la sirga negras y pesadas gabarras.

En uno de los saledizos del puente, que forman balconaje sobre las turbias aguas, detuviéronse dos

Puestos los ojos en la negra corriente, pensaba Pepio en una imagen querida que había contemplado en sus sueños de virgen.

La imagen de Gifford Rénwick, de aquel noble joven blanco que había pasado junto a aquella flor oriental sin darse cuenta del amor que la había hecho concebir.

Inouyiti pensaba también en la joven blanca que le había enloquecido de amor, y que por un juego de Cupido había llegado a constituir la dicha de su enemigo Rénwick.

Ambos pensaban en el amor imposible, cuando tenían junto a sí el mutuo complemento de su alma.

La hora estaba impregnada de poesía y languidez.

De vez en cuando el reflejo de una lancha de vapor arrojaba un toque purpúreo sobre la negra faz del Támesis, y, continuamente, los focos de las márgenes y la claridad de los edificios lejanos tejían maravillas de luz y sombra, portentos de color a través de la undívaga niebla.

Inouyiti no habló a la llorosa joven hasta que su mirada artística se hubo saciado de aquel inimitable paisaje nocturno de Londres.

Entonces suspirando dulcemente miró con ternura la mano que en su brazo se apoyaba.

En sus ojos parecieron brillar las luces del río.

- Pepio, no hay colores como los del Japón. Mi corazón suspira por la sombra de los templos y la roja hiedra de nuestras antiguas pagodas. ¿Dónde están las rojas amapolas de mi amada Nagasaki, las linternas que por la noche lucían bajo el arco del Dragón?

Pepio inclinada sobre el parapeto del puente dejó escapar sus sollozos de niña, que avivaron la llama de los fuegos adormecidos y latentes en los ojos de Inouyiti.

Su respiración hízose más agitada al sentir que el joven artista se le acercaba estrechamente.

- Yo también he sido muy desgraciado, Pepio, porque una mujer de diferente raza me miró con fríos ojos y tuvo para mí rígidos sus labios... Quizás eso ha sido mejor: que la bondad se haya unido con la bondad, la hermosura con la hermosura. ¿Volvámonos, Pepio, a nuestros lirios y crisantemos? ¿Volvámonos al Japón a pintar en negro y en rojo nuestro cielo y nuestros templos?

- Sí, volvámonos.

- Entonces iremos sí, y esperaremos allí la vuelta de tu padre, Pepio. Ven, ven a mí, querida mía, y nuestros hijos jugarán y cantarán cerca de los sepulcros rojos donde yacen nuestros mayores. Vámonos, vámonos, Pepio.

Y el fanal del puente iluminó los ojos de la hija de Tsarka al levantar ésta su bello rostro hacia los labios del artista.

TRADUCCIÓN DE JOSÉ PÉREZ HERVÁS.

venera una copia de la Cara de Dios, estampada en el lienzo de la Verónica, preciosa reliquia vinculada en el mayorazgo y que se expone al público durante la Semana Santa.

La romería de la Cara de Dios, como todas las fiestas de este género, es una mescolanza de actos religiosos y profanos que si, de una parte, pone de manifiesto la piedad y la fe del pueblo, de otra da lugar a escenas poco edificantes que chocan, más que en otras ocasiones, cuando tienen lugar en esos días dedicados a conmemorar la Pasión y Muerte de nuestro Redentor.

Este año se ha celebrado la romería con la misma animación de los anteriores, a pesar de que el tiempo no se mostraba el día antes muy favorable. Pero mejoró el viernes y desde las primeras horas de la madrugada comenzaron a llegar a la capilla los romeros, no cesando en toda la mañana la afluencia de éstos, que acudían a pie, en tranvía, en landós y en autos.

Muchos carruajes iban ocupados por hermosas mujeres que, siguiendo la tradicional costumbre, lucían soberbios mantones de Manila.

Las inmediaciones de la capilla, especialmente la calle de la Princesa, estaban llenas de tenderetes, en los que se expendían los dulces, *torraos* y avellanas característicos de todas las romerías, muñecos de cartón, juguetes, flores, *caras de Dios*, santos, churros y otros objetos y comestibles.

Los vendedores hicieron su agosto, como vulgarmente se dice, y también los cafés y las tabernas de aquellos alrededores.

A media mañana, el bullicio y la algazara que allí reinaban eran extraordinarios. Una multitud inmensa circulaba por aquellos lugares entre el griterío de los vendedores y el ruido ensordecedor de las carracas.

La capilla estuvo constantemente llena de fieles que adoraban la Cara de Dios y en ella se produjo un incidente lamentable, que bien puede calificarse de salvajada. Un individuo, llamado Francisco Tomás Pellicer, de cincuenta años, jornalero, se acercó a la imagen, fingiendo que iba a besarla, y de pronto arrojó sobre ella el contenido de un bote de basura que consigo llevaba, cubriendo de inmundicia la Santa Faz y algunas personas que junto a ésta se encontraban.

Imposible es pintar la indignación que este acto de repugnante salvajismo causó entre los fieles, y a no ser por los grandes esfuerzos de los guardias, el sacrilego no hubiera escapado a la cólera del público que quería lincharlo.

Conducido el Pellicer a la Comisaría, fué reconocido como reincidente, pues hace tres años, en la romería de San Isidro, apedreó la imagen del Santo. - N.

VALENCIA. - LAS «FALLAS» DE SAN JOSÉ. (Fotografía de V. Barberá Masip.)

Siguiendo la tradicional costumbre, Valencia ha solemnizado la festividad de San José con las típicas fallas. Treinta y dos han sido las que este año se han construido y en la inmensa mayoría de ellas han dado pruebas de su agudo ingenio los artistas que las han imaginado.

El jurado, formado por los Sres. Ibáñez Pavés, alcalde; Paredes, teniente de alcalde; Alzaga y Criado, concejales; Villalba y Bovi, artistas, y Pérez de Lucía, oficial del negociado de Fiestas, después de haber visitado todas las fallas, adjudicó los premios en la forma siguiente: primero, de 300 pesetas, a la de las calles de Jerusalén y Buenavista; segundo, de 200 pesetas, a la de las calles de Cuarte y doctor Montserrat; tercero, de 150 pesetas, a la de la plaza de San Gil; cuarto, de 100 pesetas, a la de la plaza de San Bult; quinto, de 75 pesetas, a la de la plaza de Pellicers; y sexto, de 50 pesetas, a la de la plaza del Arbol. Además otorgó menciones honoríficas a las de la plaza del Angel, calle del Poeta Querol, plaza de Arenas, calle de Maldonado, calle del Torno de San Gregorio, y a la del poblado de Benimaclet.

La falla de las calles de Jerusalén y Buenavista era una hermosa alegoría de Dante y Virgilio.

La de las calles de Cuarte y del Dr. Montserrat se titulaba «El triunfo del Gallo» y representaba al conocido matador de toros pinchando al bicho en to-



Dante y Virgilio, falla artística levantada en las calles de Jerusalén y Buenavista, y a la que ha sido adjudicado el 1.º premio

Torno de San Gregorio aludía al derribo del convento de este nombre. La de Benimaclet era una alusión a la falta de agua potable en aquel poblado.

das partes, mientras en la meseta tres chicos están golpeando fuertemente sendos bombos.

La de la plaza de San Gil aludía a los proyectados monumentos a Giner, Llorente y Noval.

La de la plaza de San Bult representaba a una labradora en lo alto de una tetera de la que salía una lluvia de flores.

La de la plaza de Pellicers titulábase «Gloria a las Artes» y era una pandereta monumental con figuras de artistas vencidos por un torero.

La de la plaza del Arbol, titulada *Mel de la terreta*, era una alusión a la fiesta del día.

La de la plaza del Angel representaba una partida de *foot-ball*.

La de la calle del Poeta Querol figuraba una *paella*, en la que se cocían dos *Gallos* con arroz *Bomba*, aludiendo a los toreros así llamados.

La de la plaza de Arenas era una alusión al ferrocarril directo de Valencia a Madrid: sobre un vagón ferroviario, unos hombres aplastados por una plancha, en la que cabalgaba don Quijote enristrando una muleta.

La de la calle de Maldonado representaba un matador de toros y encima de un arca de caudales una figura que escribía, y al lado de ésta un bombo con la palabra *Prensa*.

La de la calle del

**FUMISTERIA CAÑAMERAS**  
Fundada en 1850

**COCINAS MODERNAS**  
GRAN VARIEDAD DE MODELOS  
TERMO-SIFONES PARA BAÑOS  
ASADORES AUTOMÁTICOS  
TOSTADORES, CALORÍFEROS Y  
CALEFACCIÓN POR AGUA Y VAPOR  
PRENSAS, BANCOS,  
MESAS Y SILLAS

Fábrica despacho: SICILIA, 141 y 143  
Teléfono 1940  
Depósito: HOSPITAL, 87. Teléfono, 2120  
BARCELONA

Sucursal: ESPOZ Y MINA, 15. - MADRID  
Teléfono, 3317

Catálogos, proyectos y presupuestos gratis

**CANTARES POPULARES Y LITERARIOS**

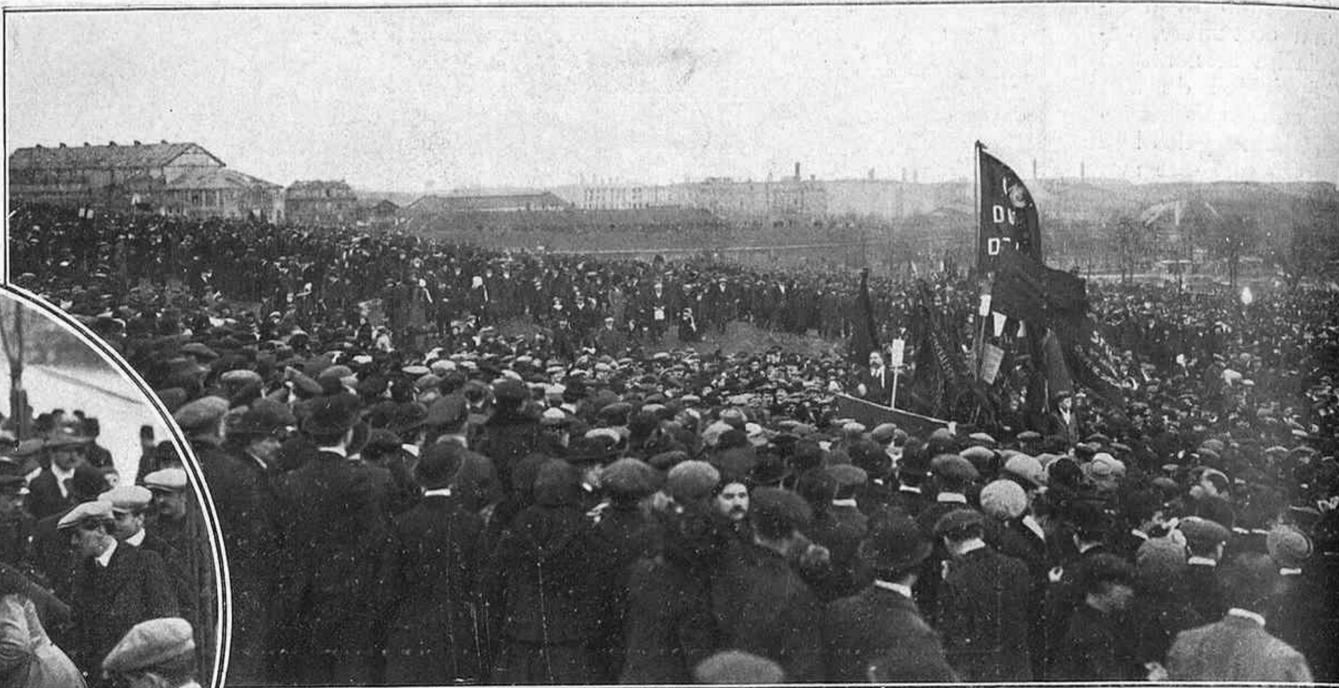
RECOPIADOS POR D. MELCHOR DE PALAU

Un tomo de 374 págs., 5 pesetas para los suscriptores á esta ILUSTRACIÓN

**ZEISS**  
GEMELOS  
PARA VIAJE,  
DEPORTE Y CAZA  
PÍDASE EL PROSPECTO (T. 224)  
De venta en todos los Establecimientos  
de Optica, y por  
**CARL ZEISS, Jena, ALEMANIA**  
Berlín - Hamburgo - Milán - Londres  
París - San Petersburgo - Viena - Tokio

PARÍS. — MITIN REVOLUCIONARIO CELEBRADO EN EL PRADO DE SAINT-GERVAIS CONTRA LA LEY DEL SERVICIO MILITAR DE TRES AÑOS

Mientras la inmensa mayoría de los parisienses aclamaba al ejército en la revista militar que pasó en Vincennes el presidente de la República, los revolucionarios se reunían en el Prado de Saint-Gervais para protestar contra el proyecto de ley del servicio militar de tres años, que actualmente se discute en la Cámara de los Diputados y que el patriotismo francés ha acogido con verdadero entusiasmo por estimarla indispensable para la defensa de los sagrados intereses de Francia.



Vista general del mitin durante los discursos. (De fotografías de M. Rol.)



Los manifestantes firmando una petición contra la ley

Desde antes del mediodía, una multitud numerosa se extendía por aquellos vastos terrenos comiendo alegremente al aire libre, mientras llegaba la hora señalada para el mitin.

A las dos y media, toda aquella gente se agrupó en torno de las tribunas que se habían instalado para

los oradores y que se hallaban adornadas con banderas rojas y con inscripciones alusivas al acto que debía celebrarse. Veintisiete oradores, pertenecientes a los partidos sindicalista, comunista y anarquista, pronunciaron violentos discursos contra la citada ley y al final del mitin aprobóse una orden del día contra el servicio militar de tres años.

Terminado el mitin, los que en él habían tomado parte se dirigieron a París entonando can-

tos y gritos subversivos. Los más exaltados entraron por la puerta Chaumont, en donde la prefectura de policía había situado fuerzas de guardias municipales, coraceros y agentes, y al llegar a la calle Petit gritaron varias veces, mientras desfilaban por delante de los soldados: «¡Abajo el ejército!» Poco después fué detenido un individuo que había disparado varios tiros de revólver contra la policía y que al ser conducido a la prevención estuvo en peligro de ser linchado por el público.

Análogos incidentes ocurrieron en otros muchos sitios: los revolucionarios insultaban y agredían a cuantos agentes encontraban, poniendo a éstos en el caso de tener que dar varias cargas para defenderse de sus acometidas.

El resultado de aquellos desórdenes fueron quince detenciones practicadas por la policía y cinco agentes heridos más o menos gravemente.

Aquella manifestación revolucionaria no deslució en lo más mínimo la otra manifestación patriótica que, como al principio decimos, se desarrolló en Vincennes con motivo de la revista militar. Las aclamaciones entusiastas con que fueron acogidos los soldados y el presidente de la República, eran expresión de los verdaderos sentimientos del alma nacional francesa, que en vano quieren prostituir unos cuantos insensatos o criminales con sus ideas y sus propagandas contrarias a todo lo que significa amor a la patria, a la religión y a la familia, y respeto a los principios de orden y de autoridad, es decir, a los sólidos cimientos sobre los cuales descansa y descansará eternamente el edificio social.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES O EDITORES

SOCIOLOGÍA, por el Dr. *Abrotales Eleutheropoulos*, traducción de la segunda edición alemana por el Dr. *Faustino Balivé*. — El autor de este libro, catedrático de la Universidad de Zurich durante quince años y recientemente llamado por el gobierno griego para ocupar la cátedra de Filosofía de la Universidad de Atenas, ha escrito innumerables trabajos encaminados a construir una filosofía, que él califica de científica y que se funda en los resultados de las investigaciones científicas parciales

que se explican y completan entre sí. En la obra que nos ocupa estudia ampliamente el objeto de la Sociología, el lugar que ocupa en el sistema de las ciencias sociales, el método para la solución del problema sociológico, la división del objeto de la Sociología, el origen, la evolución y la esencia de la vida social y la necesidad de los estados de la misma. Un tomo de 264 páginas, editado en Madrid por la casa Hijos de Reus; precio, 6 pesetas.

CONSOLACIÓN, obra póstuma de *B. Fario's Morel*. — Novela recomendable bajo todos conceptos, pues si interesa por su argumento perfectamente desarrollado, cautiva más aún por

la bondad de los sentimientos y de las ideas que en ella resplandecen y que están inspirados en un espíritu verdaderamente cristiano. Un tomo de 272 páginas publicado con licencia eclesiástica, impreso en Barcelona en la Tipografía Católica.

RESEÑA HISTÓRICA DEL CLUB ESPAÑOL DE BUENOS AIRES (1852-1912). — Trabajo interesantísimo en que se detalla la historia de aquella importante entidad, desde sus modestos comienzos hasta su estado de pujanza y esplendor actual. Un folleto de 44 páginas ilustrado con muchos grabados, impreso en Buenos Aires en los talleres tipográficos de Ricardo Sadadell.

**INNSBRUCK, TIROL**  
ESTACIÓN DE VERANO Y DE INVIERNO  
HOTEL TYROL, DE PRIMERA CLASE  
FOLLETO ILUSTRADO CARLOS LANDSEE

Paris  
Date de 1849  
**PUREZA DEL CUTIS**  
— LAIT ANTÉPHELIQUE —  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
ó Leche Candès  
pura ó mezclada con agua, disipa  
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA  
ARRUGAS PRECOCES  
EFLORESCENCIAS  
ROJECES.  
Pose y conserva el cutis limpio y terso  
Casa GANDES B<sup>te</sup> St-Denis, 16

**SELLOS DE CORREO AUTÉNTICOS**  
LISTA DE PRECIOS GRATIS  
COMPRA - CAMBIO - VENTA  
RODOLFO KEIL, GABLONZ a/N AUSTRIA

**AVISO A LAS SEÑORAS**  
**EL APIOL DE LOS JORET-HONOLLE**  
CURA  
LOS DOLORES, REÍARDOS,  
SUPPRESSIONES DE LOS  
MENSTRUOS  
F<sup>ma</sup> G. SEGUIN - PARIS  
165, Rue St-Honoré, 165  
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Reino de Sajonia.  
**Technikum Mittweida.**  
Director: Profesor A. Holzt.  
Escuela superior técnica p. la enseñanza de electrotécnica y construcción de máquinas. Secciones espec. p. ingenieros y técnicos. Laboratorios electrotécnicos y mecánicos. Talleres para la instrucción practica. Mayor frecuencia anual 3610 estudiantes. Programa etc. gratis de la secretaria.

**ANEMIA** DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**  
El mas activo y economico, el unico Inalterable. — Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

PÍDASE PROSPECTO J.A.  
**LEITZ**  
GEMELOS PRISMÁTICOS  
PARA  
EJÉRCITO Y MARINA  
VIAJE Y SPORT  
TEATRO Y CAZA  
SE VENDEN EN TODOS LOS  
ESTABLECIMIENTOS DE ÓPTICA DE IMPORTANCIA O DIRECTAMENTE POR  
**E. LEITZ, WETZLAR (ALEMANIA)**

**PATE ÉPILATOIRE DUSSE** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE DUSSE**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN